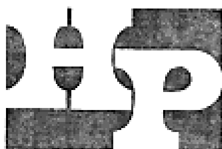


Keith Luger

UN TIPO BROMISTA

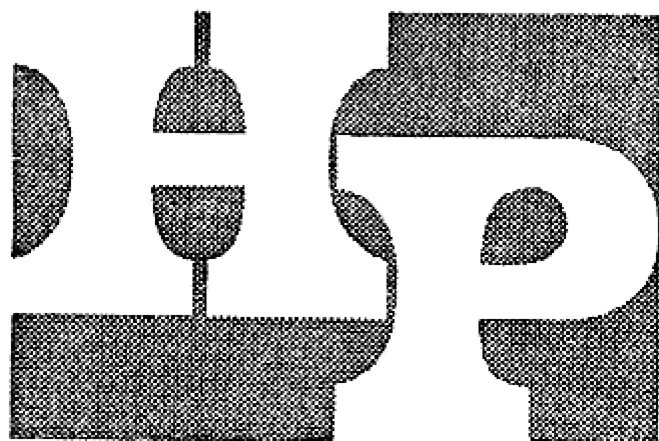
UN TIPO BROMISTA

Keith Luger



Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 170
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO





Héroes de la PRADERA

Depósito legal: B. 7.476-1973
ISBN 84-02-02524-2
Impreso en España—Printed in Spain
2ª edición: abril, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2
Barcelona —1973

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283. —La historia de Bill, *el Melenas*.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.180. —Argos-3 no contesta.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967. —El Oeste en llamas.
En Colección SALVAJE TEXAS:
729. —La venganza es mi oficio.
En Colección KANSAS:
667. —Mala hierba nunca muere.
En Colección BRAVO OESTE:
581. —Tres hombres van a morir.
En Colección PUNTO ROJO:
564. —Muerte a plazos.
En Colección CALIFORNIA:
752. —La historia de Buby, *el Llorón*.
En Colección ASES DEL OESTE:
725. —Gentuza en el puerto.
En Colección COLORADO:
610. —¡Lucha por tu vida, gringo!
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
168. —Robin de Texas.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. —La chica del rifle de oro.
En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5. —«Asesino» Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

GREGORY Upton, rubio, de cuarenta y cinco años y aspecto atlético, despertó bruscamente y alargó la mano hacia el revólver que descansaba en la mesa de noche.

Cuando ya estaba por empuñar el arma, escuchó una voz perentoria desde las cortinas que separaban el apartamento en dos habitaciones.

—Yo, en su lugar, me estaría quieto, Upton.

El rubio detuvo el movimiento de los dedos y se volvió a medias.

Vio a dos sujetos de aspecto duro que empuñaban sendos revólveres.

—¿Qué es esto? ¿Un asalto?

—Frío —sonrió el más alto de los dos visitantes.

—¿Quiénes son ustedes?

—Ya que está en plan de adivinanzas, siga probando suerte.

El rubio entrecerró los ojos y los estudió cuidadosamente.

—Son dos hombres de Jeremías Forbes que intentan meterme miedo.

—Frío.

—Entonces los hermanos de aquella rubia de Providence que se portó tan bien conmigo.

—Nos está fallando, Upton —rezongó el alto.

—Maldita sea, ¿por qué no hablan de una vez?

El alto emitió una risita. Adelantó unos pasos. A continuación, alargó el arma y colocó el cañón a pocas pulgadas del rostro de Upton.

El rubio se humedeció los labios con la lengua.

—Adelante.

Fue entonces, cuando el tipo alto rió sonoramente y dio la vuelta al revólver y lo enfundó.

—Hemos visto que es tipo con agallas, Upton. Es duro y pasó bien la prueba. Es duro.

El rubio apretó los labios.

—Lo soy. Y ahora hagan el favor de explicarse, si ya han terminado de embromarme. —Somos los dos muchachos que le encargó a Jim Crafford.

Ahora el rubio abrió los ojos y se incorporó totalmente en el lecho.

—Canastos…

El alto rió de buena gana.

—¿No nos esperaba, Upton?

—Usted debe ser Nick Dudley —señaló al más alto con un movimiento de cabeza—. Y éste debe ser, por tanto, Marty Post.

Nick Dudley y Marty Post se miraron y rieron por lo bajo sacudiendo las cabezas.

—Sí, Upton. Por fin acertó el premio mayor.

—Vaya —respiró con fuerza Upton—. De pronto creí que venían por mi piel.

—Tiene enemigos, ¿eh? —guiñó un ojo Nick.

—Hombre… ¿quién no los tiene?

—Ya nos explicará lo de la rubita de Providence.

Upton sonrió por primera vez y se pasó la mano por la cara.

—Es una historia muy vieja. Ahora lo que interesan son novedades.

—¿Sí?

Upton alzó el rostro.

—Hablé con Jim para que les pasara el recado a ustedes.

—Resulta que tiene un trabajo para nosotros, ¿eh?

—Sí, señores.

Nick Dudley sentóse en la cama.

Se apoyó en la barandilla de los pies.

—Vamos, informe debidamente.

—Se trata de un secuestro.

Los dos visitantes se quedaron un poco envarados.

—¿Secuestro? —dijo Nick—. ¿Oíste lo mismo que yo, Marty?

El grueso y bajo Marty pestañeó. De repente se echó a reír.

—Ya está, muchacho. Antes de que Upton siga adelante, ya veo todo el plan en extensión. Upton quiere que le raptemos a alguna fulana de esas que le dan a uno insomnio crónico.

—Falló, hermano —gruñó el rubio.

Ahora el alto Nick reía reposadamente.

—No tome en cuenta las salidas de Marty. Es bromista por naturaleza.

—No me gustan los chistes.

—Ande, Upton. Ponga la cara alegre y explique el asunto.

El rubio los miró otra vez, como si se preguntara si servirían para el negocio.

Por fin, respiró con fuerza y dijo:

—Tienen que atrapar a cierta persona. Sacarla por la fuerza de determinado lugar y después llevarla a donde se les indique.

—No me huele a mujer el asunto —murmuró Dick ceñudo.

—Se trata de un hombre.

—Ujú, ¿quiere seguir, Upton?

El rubio se retrepó en la cabecera de la cama y abarcó a los dos individuos con la mirada.

—¿Creen que podrán hacerlo?

—Nos especializamos en raptos, Upton.

—Sí. Pero esta vez no se trata de juntar un cargamento de mujeres para venderlas a Sam, *el Cuatrero*. Ni del niño de un ranchero rico para sacarle la pasta. Ni de la esposa de…

—Ya dijo que se trataba de un hombre —atajó Dick.

—¿Quiere informar más ampliamente, señor Upton?

Upton se humedeció los labios y cruzó los brazos tras la nuca.

—Han de cazar a un inventor.

Nick entrecerró los ojos.

—Hola —dijo, algo asombrado.

—Es un sujeto que ha dado con algo excepcional, con algo que vale miles y miles de dólares.

—Concrete, Upton —dijo Nick.

—Pongamos que vale cincuenta mil.

Los dos visitantes silbaron en el mismo tono.

—Ya es bueno, Upton —dijo Nick, palmeando el colchón.

—Sin embargo, resultará difícil.

—Nada relacionado con los secuestros tiene secretos para nosotros, Upton.

—Ya. Por eso pagué a Jim Crafford cincuenta dólares para que me informara acerca de los que podían hacer el trabajo. Por eso me arriesgué a contarles a ustedes el asunto. Por eso…

—Ha gastado bien la plata, Upton —puntualizó Nick.

—De acuerdo, amigos. Ahora les daré los detalles.

—¿Qué ha inventado ese tipo, Upton? ¿Algún procedimiento para convertir el plomo en oro?

—Sabía que se le iba a ocurrir esa estupidez, Nick.

Por favor, ahora cierre la boca y déjenme explicarles.

—Somos todo oídos —gruñó Nick Dudley.

El rubio Gregory Upton carraspeó y fue soltando poco a poco las palabras.

—El inventor se llama Warner Cranston. Ese es su verdadero nombre.

—Siga —gruñó Nick—. Estamos sobre ascuas.

—Este individuo ha dado con la fórmula de un explosivo superior a la dinamita, Nick.

—Infiernos.

—Al principio intentó vender la fórmula al Departamento de Guerra.

No deben olvidar que el inventor es un tipo honrado.

—Pase por alto ese detalle insignificante. ¿Qué ocurrió con el invento de Cranston?

El rubio sonrió.

—Aunque les parezca mentira, la Comisión Investigadora del Departamento de Guerra, había recibido más de quinientas ofertas de fórmulas de explosivos durante aquella época.

—Parece un chiste.

—Sí, Nick. A mí me hizo reír cuando me enteré. Los miembros de la Comisión estaban abrumados de trabajo. Clasificaban los inventos, fórmulas y demás haciendo horas extraordinarias. Pero los documentos y fórmulas llegaban con más abundancia que podían despacharse. Finalmente, hubo un cierre total de admisión de fórmulas y planos. Piensen que el noventa por ciento eran siempre chifladuras de los inventores. Por eso le quedó a Cranston la fórmula entre las manos.

—Pero el explosivo de Cranston es bueno, ¿eh?

—Claro que lo es —sonrió el rubio—. Poco después, el inventor ofreció una sesión de experiencias privadas. Algunas compañías mineras prestaron atención a Cranston. Su explosivo era tan potente que dejaba a la dinamita en ridículo. Lo malo fue a la hora de discutir la producción del explosivo. Nadie quiso hacerse cargo de la producción porque fue considerada excesivamente peligrosa y mucho más cara que la dinamita.

—Con que a Cranston le dieron con la puerta en las narices.

—Esas palabras retratan bien los sucesos.

—¿Qué hizo Cranston?

—Tuvo de repente ciertas dificultades. Algunos vivos vieron la manera de aprovecharse del invento del anciano. Le ofrecieron un precio bajo.

—Pero no vendió.

—No vendió, Nick. Por eso intentaron arrebatarle el invento por las buenas.

—Continúe, Upton.

El rubio suspiró con fuerza.

—A partir de aquel momento, el viejo Cranston ha sufrido de lo lindo.

—¿Verdad que usted no me ve ninguna bola de cristal entre las manos, Upton?

—No, no se la veo.

—Pues sin bola de adivinadora le voy a acertar lo que le está sucediendo a Cranston; que unos intentan comprarle la fórmula por lo bajo, otros quieren robársela y otros van detrás de él. Pero Cranston se debe esconder en algún agujero. Allí debe estar continuando sus experiencias. Tal vez disfrazado, tal vez de incógnito. Seguro que con

nombre supuesto.

Upton tenía la boca medio abierta.

—Eh, muchacho. ¿Usted es realmente secuestrador profesional o licenciado en metafísica adivinatoria?

Nick rió con ganas.

—Acerté todo, ¿eh?

—Demonios, casi sabe más que yo.

Nick apuntó con un dedo el ancho pecho del rubio.

—Upton —suspiró—. Sólo hice una composición de lugar con los propios datos que me facilitó usted. Aunque no lo crea, esa historia de Cranston es la misma de todos los sabios. Conozco algunos casos con esas particularidades. Cranston ha sido despreciado. Pero, de repente, un montón de tipos van en su búsqueda para sacar tajada de los productos de su venerable sesera. ¡Tan antiguo como el mundo, Upton!

—Me gustan ustedes, muchachos —masculló el rubio muy pensativo.

—En cambio, nosotros preferimos las pelirrojas con noventa de busto —intervino el regordete Marty.

Upton los abarcó con la mirada y de repente rompió a reír.

—Nos vamos a entender los tres perfectamente.

—¿Cuánto, Upton?

El rubio todavía los miraba con fijeza pero ahora estaba serio.

—Si se refieren a lo que van a cobrar por el trabajo, les anuncio que embolsarán un treinta por ciento de la ganancia bruta que yo obtenga por la venta del sabio.

—Usted deberá venderle a buen precio, Upton.

El rubio cruzó las piernas, sentado aún en el borde de la cama.

—Tengo varios clientes que pagarán bien por Cranston. Cuando tengamos al inventor en nuestras manos, iniciaremos una especie de subasta y lo venderemos al mejor postor, ¿qué les parece?

Nick y Marty rieron con ganas.

—Estupendo, Upton —dijo el primero.

—También tendremos que pelearnos con algunos competidores. Hay quien trabaja mucho también por cazar al inventor.

—Nosotros nos anticiparemos a todos, Upton —gruñó Nick con los ojos muy brillantes.

—Ahora atiendan bien —dijo el rubio—. He localizado al anciano inventor en la Compañía Hullera de Send City. Trabaja en el laboratorio de la mina de carbón con un nombre supuesto. Sin embargo, no les causará ninguna dificultad sacarlo de allá. Ya saben que es un anciano inofensivo. Pero, a fuerza de huir y esconderse, se sabe todos los trucos. Cuando lo pesquen, se hará el loco, o se disfrazará de algo para pegársela a ustedes.

—Ande, que pruebe —sonrió Nick con suficiencia.

—El inventor es una lagartija, una anguila de las que se escurren de los dedos. Tengan cuidado.

Nick chascó la lengua.

—Upton —suspiró—. Déjelo en mis manos. Aunque se beba un líquido para hacerse invisible o se convierta en una hormiga, le juro que dentro de un par de días tendrá al viejo inventor sobre el regazo, como si fuera un gato siamés.

—Dentro de un par de días en Ghost City. ¿De acuerdo?

Upton estrechó las manos de los dos nuevos socios.

Tan distraídos estaban que no se dieron cuenta de que la puerta se abría dando paso a tres hombres.

Se trataba de un trío siniestro. Iban cubiertos de polvo de pies a cabeza, pero lo peor era la mugre y la falta de higiene que se patentizó por un fuerte olor a sudor rancio que inundó el apartamento.

El que iba a la cabeza de los tres llevaba por delante un feo «Colt» del cuarenta y cinco. —Vaya, hemos llegado justo a la hora de los abrazos. ¿Qué os dije, chicos?

—La hora de las despedidas —dijo el delgado de la derecha del que acababa de hablar. Y extrajo el revólver listo para disparar.

Upton, Nick y Marty se habían vuelto hacia la puerta emitiendo un respingo a coro.

—¡Max y los Carrigan! —exclamó Upton perplejo.

—¿Verdad que te has quedado de piedra, Gregory?

—Sí, Max —asintió sinceramente Upton—. Juro que jamás pensé que los más tarugos de mis competidores fueran a dar conmigo en este rincón.

—Nos subestimas —ladeó la cabeza Max.

—Pero ya me habéis convencido de que valéis vuestro peso en oro. ¿Formamos sociedad?

—Anda, deja que me ría —gruñó Max—. Hablas así porque sabes que estás atrapado junto con estos dos malhechores e intentas darnos cuerda.

—No, Max…

—Sí, hijito. Pero esta vez no nos vas a engañar como ocurrió en Yucca. Ahora te vamos a barrer. ¿Y sabes lo que ocurrirá después…?

Upton no perdía la serenidad.

—Iréis a por el viejo inventor.

—Diste en la misma cabeza del clavo, hijito. Eso es lo que haremos. Un capitoste mexicano ya da sesenta mil dólares oro porque le sirvamos a Cranston en bandeja.

—Entonces vais a matarnos aquí, ¿eh? —Upton apretó los maxilares.

Max retrocedió con los dos tipos que le habían seguido hasta el centro de la habitación. Los tres tenían las armas fuera.

—Sí, muchachos. Lo siento, pero la masacre será aquí.

De repente, Upton saltó por encima de la cama.

Debió ponerse en comunicación mental con Nick y Marty. Tuvo que ser algo de telepatía, porque los dos secuestradores profesionales se hicieron a un lado al mismo tiempo.

Era cuando sonaban los primeros estampidos.

Max y los hermanos Carrigan hicieron fuego a mansalva.

Pero la ráfaga inicial se perdió por donde los tres nuevos socios se hallaban unas fracciones de segundos antes.

Upton, Nick y Marty replicaron con un fuego impresionante.

Las detonaciones se confundieron en un largo trueno.

Y Max y sus compinches salieron de la habitación.

Arrancaron la puerta de cuajo al embestir con las espaldas.

El plomo les había dado un gran impulso.

En el pasillo se escucharon gemidos de dolor y luego el silencio más sepulcral.

El rubio Gregory Upton se puso de pie poco a poco.

Lanzó una ojeada a Nick y a Marty.

Nick hizo una mueca y tomó el sombrero del suelo.

Lo vio perforado por un par de plomos.

—Por poco no lo cuento, infiernos.

Marty rió nerviosamente.

—Pero recibieron su merecido, Nick. Eh, Upton, ¿está contento?

Upton estaba más que contento. Se hallaba maravillado.

—Muchachos —dijo, y apartó una palangana caída al suelo—. Hacía falta una cosa así para que me diera cuenta que hemos nacido los unos para los otros.

En aquel momento se escuchó el agudo sonido de un silbato.

—Es el *sheriff* de aquí —dijo Upton—. Conque será mejor que salgamos por la puerta de atrás, amigos.

El silbato se oía cada vez más cerca.

Upton pasó un pie por la ventana mientras los otros dos se dirigían a la claraboya del desván.

—Hasta dentro de dos días en Ghost City, ¿de acuerdo?

Nick y Marty gruñeron dando su asentimiento.

Luego los tres se convirtieron en humo.

El silbato del *sheriff* de la ciudad sonó con más fuerza.

Capítulo II

EL *sheriff* llegó al rellano del primer piso y pegó un fuerte silbido con el pito. Luego, disparó con la derecha y gritó:

—¡Arriba las manos! Tiren las armas por el hueco de la puerta y salgan con los brazos en alto.

El apartamento del suceso quedaba al otro lado del pasillo, fuera de la vista del *sheriff,*

La puerta más próxima se abrió poco a poco.

—No tire, *sheriff* —suplicó una voz femenina.

El representante de la ley dio un respingo y cerró los ojos con fuerza.

Por el hueco de la puerta apareció una hermosa rubia. Se llamaba Mae.

Ella avanzó con los brazos en alto y un balanceo en las caderas.

—¿Contento, *sheriff*?

—Maldita sea, ¿dónde está ese sujeto?

—¿Se refiere al señor Milland?

—¿A quién me voy a referir?

—No ha sido él quien disparó.

—No, ¿eh?

—Los tiros procedían del número quince.

El *sheriff* emitió una maldición.

—Que salga Milland.

Por el hueco de la puerta que había dado paso a la rubia saltó una pelirroja de muy buen ver.

También tenía las manos en alto y una expresión picaresca en el rostro.

—¿Qué significa esto, *sheriff*? Al señor Milland le disgustará este atropello.

—¡Condenación! —estalló la autoridad—. ¡Que salga Milland de una vez!

La pelirroja iba a llamar al aludido, pero en eso el mismo hueco de la habitación dejó salir a una morena.

El *sheriff* se sujetó el rostro con las manos, lleno de amargura.

—¡Tres!

Las tres muchachas bajaron los brazos y los pusieron en jarras.

—El señor Milland ha estado mucho tiempo solito y solicitó nuestra compañía, *sheriff* —dijo la rubia Mae—. ¿Le escuece…?

—¡Basta…! ¡Milland!

—Aquí estoy, *sheriff* —dijo una voz somnolienta.

Por el mismo camino que salieron las chicas se destacó un joven de unos veinticinco años, muy alto, de fuerte constitución física, ojos negros y cabello del mismo color.

El *sheriff* alzó el revólver.

—No trate de colocarme un cuento, Milland. A pesar de que ellas estaban con usted, puedo jurar que el ruido lo armó usted,

—¿Yo…? —pestañeó Milland y ahora abrió los ojos un tanto perplejo.

—No se haga el loco, Milland. ¿Quién se acercó a aquellos dos fulanos hace sólo dos noches?

Milland suspiró roncamente.

—Eh, *sheriff*, ¿es que va a culparme de todos los desaguisados de su ciudad…?

—Oí el clásico trueno de su revólver, Milland… Estoy harto de usted, demonios. Y juro que esta vez lo pagará, Milland.

—Está metiendo la pata, autoridad.

—No conseguirá engañarme.

—¿Tiene un dólar suelto?

—No trate de liarme, Milland.

—Coloque su dólar en la mano inocente de una de estas damas y yo haré lo mismo. Luego indagaremos el origen de los disparos.

—Ya trata de pegármela otra vez, Milland.

—Juéguese el dólar.

El *sheriff* se registró a regañadientes el bolsillo.

De pronto, cayó en la cuenta de que Milland lo estaba engatusando y masculló una agria imprecación.

—Maldita sea… Quisiera saber cómo se las compone para camelarme.

Milland sonrió y apuntó con un dedo al viejo *sheriff*.

—Lo que ocurre es que en el fondo le soy simpático, autoridad.

—Oh, sí —dijo amargamente el *sheriff*—. Cada vez que se llega a Husband Creek me troncho de risa. Eche a andar delante de mí, Milland. Esta vez la cuestión la resolverá debidamente el juez Sullivan.

En vez de obedecer, Milland echó a andar hacia el otro lado del pasillo.

El *sheriff* galopó detrás de él.

—¡Alto en nombre de la ley!

Milland se hallaba mirando al suelo con el entrecejo fruncido y una

intensa expresión de ensimismamiento en su rostro.

—¿Qué le parecen estos fiambres calentitos, autoridad?

—¿Eh?

El *sheriff* abrió mucho los ojos al ver los tres muertos en mitad del pasillo.

—¡Por las barbas de George Washington…!

—¿Qué le dije?

—¡Dios mío…! ¡No puede ser!

—Prácticamente están cosidos, casi pegados unos con otros…

El *sheriff* adquirió un color verdoso y buscó ansiosamente el lavabo de servicio que se ubicaba al fondo del corredor.

Partió hacia allí como una exhalación.

A pesar de la velocidad de su carrera, llegó unos tres segundos tarde.

Milland pasó por detrás de los muertos y entró en la habitación. Encontró un frasco de sales en el lavabo.

Luego salió y se dirigió al encuentro del *sheriff* que se acercaba alicaído.

—Huela esto, *sheriff*.

La autoridad tomó el frasco mecánicamente y aspiró.

El color retornó a sus mejillas fláccidas.

—Desde hoy se acabaron para mí las albóndigas de carne picada…

—¿Los conoce, autoridad?

El *sheriff* tenía los ojos cerrados y en aquella posición asintió.

—Max Calender, Hugh y Frank Carrigan.

—¿Qué clase de tipos eran?

—Forajidos de la legua, Milland. Estaban fichados en docenas de comisarías.

Milland tenía una expresión de interés en el rostro.

—Me hallaba en paños menores cuando sonó el tiroteo —dijo—, pero aún pude ver a dos tipos que se descolgaban por el tejado.

—¿Dos tipos, Milland…? Seguro que uno de ellos era un rubio alto.

Milland se pellizcó el labio inferior.

—No, ninguno de los dos era rubio.

—Pues el rubio no está entre los cadáveres. Eso quiere decir que esos dos que vio usted salir por el tejado y el rubio que ocupaba la habitación fueron los autores de los disparos.

—Yo conozco al rubio —dijo ahora la pelirroja que atendía por Mercedes.

Milland y el *sheriff* se volvieron hacia ella.

—¿Tú, pequeña? —dijo Milland.

La chica tosió con una mano delante de la boca.

—Verán, señores, ese rubio y yo nos conocimos en la taberna de Ed.

Me invitó a beber algo especial aquí en su apartamento, pero estaba ya muy sobrecargado y, ¿saben lo que pasó…?

—Se durmió —dijo Jess Milland—. ¿Es eso?

—Justo, grandullón. Se durmió como un bendito,

—Continúa, Merche.

La chica se ahuecó el cabello con la mano.

—Se le veía falto de sueño y el alcohol hizo lo demás. También parecía muy preocupado, Un par de veces dijo: «Te tengo Cranston. Te tengo…» También murmuró varias veces algo acerca de La Hullera de Send City. Todo eso entre sueños, claro.

—¡Hullera de Send City! —exclamó el *sheriff*—. ¿Lo oye, Milland…? Eso ya es algo. Milland lo miró ceñudo.

—¿Sí? ¿Qué es, autoridad…?

El *sheriff* se quedó con la boca abierta.

—Oh, no sé, quiero decir que Hullera de Send City es un lugar.

—Claro, y Pasadena también es bueno para la caza de conejos.

—No me tome el pelo, Milland.

—Lo que tiene que hacer es telegrafiar a Hullera de Send City y preguntar si saben algo acerca de un tipo rubio de las características que usted conoce.

—Es un sujeto alto, bien plantado, de ojos verdosos y cara inteligente.

—Pues ya puede telegrafiar con esos datos, *sheriff*.

La autoridad lanzó una mirada de disgusto a los tres muertos y pasó corredor adelante.

—Estoy cargado de trabajo, Milland. He de mandar ese mensaje, avisar al funerario, abrir un informe… Eh, por favor, Milland, no me dé quebraderos de cabeza ahora, ¿eh…? Gracias.

Milland retornó a su habitación.

Abrió los brazos y las tres chicas corrieron a apretujarse allí.

Milland sonrió por entre ellas.

—También estoy muy ocupado, autoridad. Luego descansaré y, más tarde, saldré de la ciudad.

—Dios le oiga… ¿Sabe que quisiera verle lejos, Milland…? No dirá que no le soy sincero.

—Desde aquí iré a Send City. Me pilla de paso.

El *sheriff* se revolvió de un brinco.

Pero ya Milland hacía entrar a las tres chicas en fila india en el apartamento, ayudándolas con sendas palmaditas.

Antes de cerrar la puerta, guiñó un ojo al *sheriff*.

La autoridad de la ciudad lanzó una maldición y trotó en dirección a las escaleras.

Se le escuchó alejarse tocando el pito para avisar a su ayudante.

Capítulo III

WARNER Cranston, de sesenta años, cabello blanco, que orlaba su cráneo, ojos grises y acuosos, abrió la puerta del laboratorio de la compañía de Send City y lanzó una mirada a su alrededor.

Una sonrisa mezclada de amargura afloró a sus labios de color apagado.

Cerró la puerta tras de sí. Se acercó al quinqué y lo encendió con un fósforo.

La iluminación destacó las probetas, matraces y serpentines del laboratorio.

La sola visión de los instrumentos de trabajo ensanchó la sonrisa de Cranston. Ya no sonreía amargamente. Sino que ahora lo hacía con una expresión de triunfo. Era el mejor momento del día para él. El momento en que podía quedarse a solas con su mejor idea.

Durante la jornada se dedicaba a ensayar las muestras de carbón que le pasaba el capataz y ése era todo su trabajo. Sólo tenía que dar cuenta de las diferentes calidades y características del carbón que salía de distintas vetas.

Pero, llegada la noche, se dedicaba intensamente a los ensayos de lo que constituía su verdadera obsesión.

A perfeccionar la maravillosa fórmula.

La fórmula del «T.W.T.».

El mayor explosivo de todos los tiempos.

Para conseguir el incógnito se había visto precisado a huir de Dallas, y después de vagar durante mucho tiempo había logrado esconderse en Send City. Allí estaba seguro. Los individuos que lo habían perseguido durante semanas enteras habían perdido el rastro finalmente. Aquella tranquilidad para poder dedicarse por entero a la experimentación significaba que le habían perdido el rastro. Durante mucho tiempo se había visto obligado a recorrer los más insospechados lugares realizando sus experimentos en desvanes, cabañas abandonadas y hasta cuevas. Pero ahora, La Hullera de Send City le procuraba un buen escondrijo. Nadie podría atraparlo allí. Ahora era Rufus Stone, el químico de La Hullera de Send City.

Y lo mejor del caso es que ya había perfeccionado suficientemente la fórmula del «T. W. T.» como para poder ofrecerlo de nuevo al

Departamento de Guerra Esta vez le escucharían.

Se frotó las manos y se aproximó a la mesa de trabajo con ánimo de acometer la tarea.

De repente escuchó una especie de crujido que le atiesó los tendones.

Volvió rápidamente la cabeza hacia la derecha.

Retrocedió, con los ojos muy abiertos.

Acababa de ver una sombra en el fondo del corredor.

Tragó saliva.

¿Lo habían descubierto otra vez? ¿Habrían encontrado su estupendo escondrijo en aquella mina de carbón?

Cranston abrió rápidamente un armario y sacó de allí un revólver.

—¿Quién anda ahí?

Escuchó un maullido.

Luego, se oyó raspar en el suelo;

Sin embargo, los oídos de Cranston estuvieron alerta.

«Sebastián», el gato mexicano, debía encontrarse lejos del laboratorio. Estaría en los comedores dando cuenta de los restos de comida.

No. No era un gato lo que presentía a través de las sombras.

Notaba un fuerte olor a cuerpo humano. De alguien que no se cuidaba demasiado de su aseo personal.

Cranston se aclaró la voz, que apenas podía salirle de la garganta.

Notaba que el revólver le temblaba en la mano. Sentía más miedo que nunca.

—Sé que está ahí —dijo con un trémolo en la voz—. Salga antes de que cuente tres o haré fuego… Uno…

—¡No cuente más, señor Stone! —gargarizó alguien con voz cascada.

—¡Joe!

Un viejo saltó de un armario y bailoteó presa de un tembleque.

—Por todos sus antepasados, señor Stone —gimió el anciano que acababa de salir de la oscuridad—. ¡No se le vaya a ir el dedo!

Cranston se quedó cara a cara con el llamado Joe.

Los dos tenían tanto miedo que se quedaron los ojos fijos, el uno en el otro. Temblaban a la par.

De repente, Cranston rompió a reír nerviosamente y bajó el revólver.

—Caramba, Joe. No te esperaba por aquí.

Joe forzó una risita y enseñó las encías melladas.

Se trataba de un vejete de piernas estevadas, ojillos de rata y nervioso como una lagartija.

—¡Je! ¡Infiernos, menudo susto me pegó usted, señor Stone!

—Eh, ahora que lo pienso, ¿qué diablos hacías en ese rincón?

—¿Yo?

—Sí, tú —la mirada de Cranston se tornó suspicaz—. Vamos, habla.

Joe tosió repetidas veces.

—Eh… Verá, señor Stone… Yo… Yo, bueno… Estaba a punto de hacer la limpieza.

—La limpieza, ¿eh?

El vejete Joe sacó una escoba con un movimiento de prestidigitador.

—¡Ajá! —rió forzadamente—, ¿Lo ve? Iba a limpiar.

—Tenía entendido que aseabas esto durante las primeras horas del día.

—Bueno —Joe carraspeó con fuerza—. La verdad es que iba a limpiarle el laboratorio esta noche.

Cranston acabó por convencerse y asintió cansadamente.

Se pellizcó el entrecejo.

Sintióse muy fatigado. Había vivido momentos de tanta tensión en los meses pasados que todavía creía ver enemigos en todas partes.

Joe silbó y empezó a levantar polvo con la escoba.

Cranston notó que el vejete estaba simulando. Seguro que se llevaba algo en la manga. Pero no podía ocurrir que Joe quisiera robarle la fórmula. Habría sido ingenuo por su parte porque la fórmula sólo estaba grabada en su mente. No tenía nada escrito, en previsión de un posible robo.

Joe se movió, cada vez más nervioso, bajo la mirada escrutadora del químico.

Tropezó con una probeta, la estrelló contra el suelo y empezó a salir humo verdoso.

Joe lanzó un chillido y pegó con las posaderas en un hornillo que todavía estaba caliente y se arrancó de allí con un doloroso hipido. Cuando atravesaba, ya sin control, de un lado a otro del laboratorio, Cranston lo cazó de un zarpazo.

—¡Basta ya, Joe!

—¿Qué dice?

Cranston lo sacudió por el hombro.

—Tú planeas algo, muchacho.

Joe boqueó y abrió finalmente las fauces para protestar:

—¡Le juro que soy inocente, señor Stone!

—¿Qué llevas en el bolsillo?

—Nada.

Cranston forcejeó con el vejete.

Joe se debatió entre protestas.

Por fin, Cranston le sacó un frasco del bolsillo.

Destapó la botella y se la llevó a la nariz.

Dio un fuerte respingo.

—¡Whisky!

Joe tenía ahora el rostro compungido.

—Soy un puerco, señor Stone. ¡Perdóneme! ¡Usted ha sido como mi padre, y yo…! ¿Qué es lo que hago yo? Pues me hago el loco y entro de tapadillo en su laboratorio para beberme un reconstituyente.

Cranston respiró aliviado y esbozó una sonrisa.

—Puedes beberte ese whisky.

—¿De veras? —pegó un salto Joe—. ¡Doctor, es usted grande! ¡Déjeme que le bese la frente!

—Basta, Joe… Déjame en paz de una vez.

Joe bailoteó de contento, tomó asiento en un tonel de sulfato, empinó la botella y se atizó un buen trago.

Cranston observó el polvo levantado por Joe y renunció a seguir trabajando.

—Procura no vaciarla, Joe. Es malo para nuestros años.

—Sólo un traguito, señor Stone. Luego, le juro que me pondré a trabajar como un loco para dejarle el laboratorio como la misma plata.

El inventor salió del laboratorio.

Se detuvo fuera y decidió irse a la cama.

Atravesó el camino que conducía al pabellón central.

Era la única edificación en piedra del campamento.

Por eso le ofrecía la debida seguridad. Cada vez que salía del laboratorio, se encerraba allí y podía descansar sin temores.

Caminó por el pedregullo de la senda y cuidó de no hacer demasiado ruido. No quería que los peones de la mina o cualquier miembro del personal empezara a preguntarse qué diablos hacía en el laboratorio hasta horas tan avanzadas.

Cuando se introdujo por detrás del seto vivo que adornaba el pabellón de Juntas, escuchó el murmullo de unas voces.

Súbitamente, notó que rompía a sudar.

No era sólo la presencia de dos individuos escondidos en la vegetación lo que le hacía sentirse mal. Era que había oído pronunciar claramente las palabras «el inventor».

Sintió la imperiosa necesidad de echar a correr. Pero se dominó a duras penas, precisamente porque los dos individuos que veía ahora recortados a la escasa luz de la luna, no estaban vueltos hacia él sino hacia el laboratorio.

Hizo acopio del valor necesario y se aproximó por detrás del seto.

Entonces escuchó con precisión la voz del que estaba un poco más incorporado.

—…Ahora es el momento de pillarlo entre sus botellas de mejunjes, Nick.

—Sí, Marty. ¡No creí que sería tan fácil!

—Andando, muchacho. Si se resiste, sólo tenemos que quebrarle una pierna.

Cranston no pudo oír más, excepto una carcajada del hombre llamado Nick.

Pero Cranston tuvo bastante.

De repente reaccionó. Sufrió un estallido de pánico y comenzó a correr.

No lo hizo en dirección al pabellón de piedra.

Se largó corriendo como un poseso hacia la oscuridad.

Se perdió entre las sombras y corrió como nunca lo había hecho.

No sabía adónde iba, ni tampoco le importaba.

Lo principal era huir… huir…

Huir.

Capítulo IV

EL viejo Joe Broceo se caló el guardapolvo blanco de Cranston y le dio a la escoba con energía durante unos minutos.

Finalmente, arrojó la escoba por encima del hombro y se dejó caer entre los sacos de sulfato.

Empuñó la botella y la descorchó con los dientes.

A continuación, se pegó un trago que rebajó sensiblemente el nivel.

En un momento dado, escuchó un rumor junto al armario de limpieza.

Pero se encontraba en forma y decidió trastear entre los objetos del laboratorio, porque sabía que el ruido era de los ratones.

El señor Stone le había enseñado la composición de un matarratas.

En realidad, Joe, se había quedado en el laboratorio aquel día para estar más cerca de las botellas de whisky de calidad que el profesor Stone guardaba en el armario. Stone le enseñó lo del matarratas y resultó ser bastante bueno. Además le espoleó la afición por manejar las botellas con líquidos raros y humeantes.

Escuchó de nuevo el raspado en el entarimado del fondo.

Joe lanzó un salivazo hacia allí y gruñó:

—Ya os daré, malditas. «Sebastián» y yo daremos cuenta de vosotras.

Las ratas parecieron mofarse porque rasparon con más fuerza.

Joe se escupió en las manos y atrapó la botella de disolución de cianuro.

Decidió agregar unas gotas de esencia de limón por si tenía de ese modo mejor sabor.

Se carcajeó cascadamente.

Alcanzó un tubo de ensayo que estaba en el hornillo apagado y lo olisqueó.

—Hoy le añadiré un poco de requesón al veneno. ¡Jujuy!

Retrocedió al notar un raro olor en el tubo de ensayo.

No parecía contener el último líquido raticida que había puesto a cocer allí.

Ahora vio un residuo azulado en el fondo del tubo.

Tal vez se habrían agriado con el calor.

Vació el tubo en la pileta.

Salió un humo verdoso, lleno de malignidad.

Joe se apartó por si era venenoso y contuvo la respiración.

Fue cuando los vio.

Al principio Joe se quedó de muestra.

Solía tener algún sueño despierto, cuando le pegaba de firme al whisky.

Pero lo que veía ahora eran dos tipos de verdad.

Dos tipos de la peor catadura.

Pestañeó y sacudió la cabeza todo a la vez.

—Eh, amigo, ¿son de verdad o es que tengo pesadillas?

El más alto de los dos aparecidos soltó una risita. Codeó al compañero.

—¿Qué te dije, Marty? Estos sabihondos tienen sentido del humor.

Joe sonrió con el tubo de ensayo en la mano.

—¿Necesitan algo de aquí, muchachos?

El alto se aproximó con una sonrisa de sarcasmo en el rostro.

—Sí, abuelo. Lo necesitamos a usted.

—¿A mí? Infiernos, tiene gracia. Me han pillado de milagro en el laboratorio.

—Sabemos que trabaja hasta muy tarde.

—Estoy preparando un matarratas, ¿saben? —Joe guiñó un ojo.

Nick y Marty rieron entre dientes.

—Muy bueno —dijo Nick—. ¿Es chocante o no es chocante, Marty?

El regordete llamado Marty observaba con una expresión de simpatía al vejete.

—Vaya que lo es, muchacho. Conque un matarratas.

Joe se animó al notar el tono amistoso de los dos tipos.

—Eh, vean esto, muchachos. Un par de gotas en el requesón y las ratas caerán a centenares.

—¡Infiernos, tiene gracia el inventor! —rió más fuerte, Nick.

Marty se carcajeó de gusto.

Y Joe, para no ser menos, pataleó de buen humor.

—Vean, hijos…

Nick retrocedió de un salto.

—Eh, ¿qué piensa hacer?

—Con este cuentagotas dejaré caer una gotita de líquido en esta tabla del suelo. Contaré hasta tres… Imagínense que el líquido ya está en el estómago del roedor, ¿qué pasa después?

Los dos recién llegados pestañearon llenos de sospechas.

—¿Qué pasa después? —indagó Nick, y entrecerró un ojo.

—¡Se produce un agujero de tamaño de un dólar! ¡Potente veneno,

muchachos! Pienso patentarlo…

—¿Sí?

—Ahí va…

Joe apretó el cuentagotas y lanzó una sola gota en las tablas del suelo.

Se produjo un tremendo trueno y el suelo retembló haciendo vibrar las paredes.

Un humo blanquecino emergió hacia el techo.

Tras disiparse el humo, en el suelo había un pozo por donde Joe asomaba la cabeza, completamente alelado.

—¡Infiernos, se me fue la mano!

Nick demostró gran nerviosismo.

—¡Rápido, condenación! ¡Deben haber oído el estruendo hasta en Cuernavaca!

—¡Aprisa! —dijo Marty, y extrajo el revólver.

A Joe no le gustó nada la acción porque soltó un gemido.

—Eh, ¿qué se proponen?

—Ahora verá, abuelito —sonrió malignamente Marty—Dejó caer el «Colt» sobre la cabeza del viejo.

Joe desapareció en el agujero.

Pero fue Nick quien alargó la mano y lo extrajo colgando como un racimo.

—¡Rápido, muchacho! —masculló—. ¡Este condenado ha estado a punto de jugárnosla! —Yo le daré —gruñó Marty.

Y dejó caer el «Colt» otra vez en la cabeza de Joe.

El viejo sonrió felizmente porque el golpe no le causó dolor, sino que lo sumió aún más en el reino de la inconsciencia.

Marty cargó con el viejo y corrió hacia la ventana posterior.

En aquel momento ya se oían voces en el campamento.

Algunos corrían hacia el laboratorio, provistos de pozales para apagar un posible incendio.

El humo salía por las ventanas.

Ello fue la causa de que Nick y Marty, cargados con el viejo, desaparecieran antes de ser descubiertos.

Los empleados de la mina llegaron cerca del laboratorio.

Pero retrocedieron cuando sonó un segundo estruendo mucho mayor que el anterior.

El tejado salió disparado hacia el cielo, como si fuera de cartón, y una lluvia de tejas comenzó a precipitarse, sobre el campamento.

Nadie supo que el fenómeno obedecía a la insignificante cantidad de líquido sobrante del tubo de ensayo que estalló de modo espontáneo.

Era el potente «T. W. T.» inventado por Warner Cranston, alias Rufus

Stone.

Capítulo V

JESS Milland dio un salto en la cama y miró a su alrededor.

—¡Mae! ¡Lina! ¡Della!

Pero se dio cuenta de que estaba solo.

Las tres muchachas debieron dejarlo bien dormido y por eso salieron sin hacer ruido. Milland se echó atrás en la cama y cruzó los brazos.

Una sonrisa afloró a sus labios porque lo primero que se le ocurrió fue un repaso de las posibilidades de las tres bellezas de la taberna de Ed.

De repente escuchó unos golpes en la puerta.

Se incorporó lentamente para vestirse y comenzó a hacerlo empezando por los pantalones.

En eso el tipo que daba golpes se impacientó y comenzó a tocar un silbato.

Jess hizo una mueca y lanzó una mirada de rencor a la puerta.

—Ya voy, autoridad. Que me cuelguen si no me figuraba que tenía que ser usted.

—¡Abra inmediatamente, Milland! ¡Abra antes de que eche la puerta al suelo!

Jess dio unos pasos y alcanzó el pomo.

Apenas le dio vuelta, tuvo que apartarse.

El *sheriff* Louis Merton entró como una tromba y no paró de correr hasta el otro extremo del apartamento.

—¿Qué le ocurre, autoridad? —inquirió Milland—. Estoy en este lado.

El *sheriff* giró la cabeza bruscamente hacia él.

—¡Lea este despacho!

—Déjeme ver —Milland frunció el entrecejo.

Observó la mirada alarmada del *sheriff* y después leyó el telegrama.

Hacía referencia a una explosión ocurrida en el laboratorio de la Hullera de Send City. —Hola —murmuró Jess pensativo.

—¿Se da cuenta, Milland?

—Hable, a ver si coincidimos.

—Usted me sugirió que telegrafiase a Send City por si tenían datos de tres tipos que masacraron a otros tres en mi ciudad y, ¿qué me

contestan?

—Usted dio a las autoridades de allá el prontuario del pájaro rubio.

—Ahí está lo bueno. El rubio no fue visto. Pero, a la hora de llegada más o menos de nuestros tres amigos, ocurrió algo extraño en la Hullera.

—Una explosión… ¿eh, *sheriff*? Usted piensa tan rápido como yo. ¿Dónde va a parar? El *sheriff* se acercó a la puerta a paso lento y dijo a alguien que permanecía afuera:

—Entre, comandante Groffes.

Jess frunció el entrecejo y quedó suspenso esperando al militar que tenía que aparecer en el hueco.

Sin embargo, en vez de un tipo uniformado, entró un sujeto de aspecto derrotado, ropas polvorientas y barba de varios días.

Tenía un corpachón tremendo, una cabeza pequeña y reminiscencias de chimpancé. Ojillos de Mono o comandante Groffes miró al *sheriff* y después se dedicó a repasar con la vista al huésped.

—De modo que es este pájaro, ¿eh, *sheriff*?

—Eh —protestó Milland—. ¿Qué clase de encerrona es ésta?

—Tranquilícese, Milland —dijo el llamado comandante Groffes—, Nada va a pasarle. —Seguro, coronel.

—Comandante Groffes —se presentó el zarrapastroso—. Adjunto al Departamento de Guerra.

—¿Qué es lo que pasa?

El comandante Groffes se dirigió al *sheriff* como si se tratara de un esclavo:

—Cierre la puerta, Merton.

El *sheriff* sólo tuvo que dejarse caer y cerró, debido a que estaba muy interesado en la entrevista.

El comandante Groffes ocupó un sillón y de aquel modo se libró de buena parte de polvo adherido a las posaderas.

Cuando el polvo se repartió equitativamente sobre los objetos de la habitación, Groffes encendió un cigarro que Jess Milland tasó en dos dólares.

Groffes apuntó con el puro a Milland.

—Usted va a trabajar para el Ejército, Milland.

Jess alzó las cejas y echó la cabeza hacia atrás para reír.

—Infiernos, no conocía ese chiste. ¿Sabe usted el de la viuda y el tipo con pata de palo? —Es muy viejo —cerró Groffes la boca con una dentellada y, por la expresión denotó que no estaba para bromas—. Pero no va de chiste.

—¿No, teniente?

—Milland —Groffes le dio unas vueltecitas al puro mientras se fijaba en el tiro del fuego—gásteme otra broma y le juro que llorará este día

como si se le hubiera muerto un ser querido.

Milland apretó los maxilares.

—Un momento, comandante Groffes. Soy un ciudadana libre, pago mis impuestos, y además hice correctamente la declaración de renta el mes pasado. ¿Puede decirme qué cosquilla me busca y se la serviré en bandeja? Y le juro que ahora no bromeo.

Groffes abrió la boca, pero de repente pareció que las palabras entrechocaron unas con otras, dando como resultado un furioso boqueo como el del tiburón fuera del agua.

—¡Milland!

—A la orden.

—¡Abra bien los oídos antes de volver a abrir más la boca! ¿Entiende?

—Le escucho.

Groffes lanzó una especie de resoplido hacia el *sheriff* Merton, que estaba de muestra, y gruñó:

—Lea el prontuario.

—¡Corriente, mi comandante! —saltó el *sheriff*. Extrajo un papel y leyó de corrida: «Jess Milland, veintitantos años, moreno, fuerte complexión. *Gun-man*. Antecedentes penales. San Ildefonso Penitenciary. Tres condenas pendientes y dieciséis arrestos incumplidos…»

—Cierre el grifo, Merton. —El comandante entornó los ojos—. ¿Continuamos o sigue leyendo los ocho folios nuestro querido *sheriff*?

—Sería una lectura muy aburrida —tosió ligeramente Jess—. Pero puedo darle algo en mi descargo, comandante Grockes.

—¡Groffes! —aulló el militar. Tras un resoplido fatigoso, se pellizcó el puente de la nariz con los dedos y dijo en aquella posición en otro tono de voz más reposado—: Milland, sabemos la clase de pájaro que es usted. Es la pesadilla de *sheriffs*, alguaciles y demás familia. Sin embargo, hay anotados algunos datos en su prontuario en favor de usted. Desarticuló una banda de tráfico de indias, liquidó a Hugo Torrento y a sus ocho secuaces y se le atribuyen algunos trabajos en favor de la ley. ¿Se da cuenta de que tratamos de atraerlo del lado bueno?

Milland movió los dedos hacia el *sheriff*.

—Merton —dijo—. Por favor un pañuelo, tengo el mío en el otro pantalón y no me dará tiempo de tomarlo porque voy a romper a llorar.

—¡Milland! —rugió el militar.

—Estoy delante de usted, comandante.

—¿Se da cuenta de lo que estoy aguantando?

—¿Sí?

El comandante estaba cárdeno, a punto de sufrir un estallido de gran potencia.

—No trate de sacarme de mis casillas o juro que no respondo de mí —dijo entre dientes—. Ahora, si está dispuesto a escucharme, dígalo.

—Ábrame el pecho, señor Groffes.

El comandante dejó pasar unos segundos y, tras ellos, habló lentamente:

—Usted demostró ayer mucha pupila cuando ocurrió el suceso en la habitación número quince. Sugirió al *sheriff* que telegrafiara a Send City. Eso hizo que nos llamara la atención el *sheriff* de Send City. Allí ocurrió algo muy raro.

—Estalló un laboratorio.

—Justo, Milland —asintió Groffes—. Ese estampido fue como el nudo que unió muchos cabos sueltos de nuestras investigaciones. Sí, Milland. Desde hace tiempo hemos buscado por todos lados a un hombre excepcional, a un inventor que ha dado con algo que puede cambiar el curso de la Historia.

—Atenúe ese tono de arenga, por favor, comandante.

Groffes fue a replicar agriamente, pero recobró la compostura.

—El sabio al que me refiero es Warner Cranston.

—¿Eh? Déjeme recordar. ¿No fue el inventor de un explosivo muy potente?

—Veo que tiene buena memoria.

—Siga, comandante.

—Pues bien, Milland. Ese hombre desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

—También sé eso.

—Sin embargo, ignorará, como también lo ignora probablemente el anciano Cranston, que su invento no pasó inadvertido al Departamento de Guerra.

—Adelante.

—La comisión de la que soy miembro se ocupó del invento de Cranston después que fue cerrada la admisión de «Ideas para la Guerra».

—Pero no fue hallado.

—Exactamente, Milland. No hubo manera de dar con el sabio.

—Por el tono que me habla entiendo que tenían un dato valioso.

—Ha dado en el clavo, Milland —asintió el comandante—. Teníamos unas confidencias referentes a Cranston. Sabíamos que ciertos sujetos iban tras él para despojarle de su invento. Tal vez se trataba de agentes extranjeros. O quizá de pájaros de cuenta que querían sacar tajada del ingenio del químico. Lo único cierto es que existe cierto movimiento en los bajos fondos del país encaminados a la búsqueda del inventor…

—Y ustedes también han entrado en el juego.

—Aquí donde me ve, soy un hombre cansado, Milland. He recorrido

millas y millas en busca de Cranston. Pero fíjese en mi mano y verá que lo único que he sacado en limpio de todo esto es el polvo que llevo encima.

—No se ponga otra vez tierno, comandante.

—Milland —el militar apretó los dientes con furia. Pero la ira no era dedicada a Milland, sino a las circunstancias adversas—. Ahora tenemos una pista fija respecto a Cranston. Acabo de llegar a esta ciudad y vengo nada menos que del lugar de la explosión.

—Vaya, no está mal.

—Cranston se ha convertido en humo. Justo cuando llegaron o debieron llegar los tres tipos sospechosos que vieron usted y el *sheriff* en esta ciudad.

—En resumen…

—Estamos seguros de que ese rubio y los dos que llegaron el mismo día que él, son los tipos que han secuestrado al profesor Cranston.

—¿De dónde saca todo esto, comandante?

Groffes sacudió la larga ceniza del puro que se había formado al no prestarle la debida atención.

Luego se quedó mirando el gusano de ceniza reventado en el suelo.

—Se ha descubierto, allá en Send City, que Cranston se hacía pasar por un tal Rufus Stone. Cuando vi que allí no podía obtener más datos, me vine aquí de cabeza para repreguntar a la pelirroja que estuvo con el rubio. Dice que se llama Gregory Upton a pesar de que en el registro se inscribió como Teodoro Smith. ¿Entiende, Milland?

—Sí, comandante. Ahora ya tiene una pista calen—tita. Sólo tiene que buscar al rubio llamado Gregory Upton y seguro que él tiene al inventor sentado en el regazo.

—Basta, Milland. He venido a este hotel para que me dé una mano en el asunto.

Milland sonrió con los dientes muy blancos.

Tomó la diestra pulposa de Groffes y la sacudió alegremente.

—Gracias por su atención, comandante Groffes. Me ha honrado mucho con el cargo, pero otra vez será. Hasta la vista, señores.

Soltó la mano del militar y se dirigió a la habitación de al lado.

Groffes no comprendió de pronto, pero súbitamente dio un brinco en el sillón y rugió:

—¡Tiene que aceptar el trabajo, Milland!

—Lo siento, comandante. Ahora deje que me bañe.

—¡Salga de ahí inmediatamente, Milland!

—Le repito que no pienso colaborar en ese condenado asunto.

El comandante tembló de arriba abajo. No estaba enfermo. El tembleque era producto de un esfuerzo extraordinario para evitar un

estallido de ira.

—Podría darle un escarmiento por tanta chanza, Milland. Pero quedaré satisfecho viendo cómo otro agente se gana los cinco mil dólares por el rescate del profesor Cranston y su fórmula del «T. W. T.».

El agua corría en el baño.

De repente, cesó de correr.

La puerta se abrió con ímpetu y Jess Milland pareció salir escupido del interior. Sujetándose la toalla a la cintura exclamó:

—¿Ha dicho cinco mil dólares?

Comenzó a secarse con mucha prisa.

Capítulo VI

UN par de horas después, Jess Milland sacudió una mano hacia los tres jinetes que se alejaban por el fondo de la calle Mayor.

Eran el comandante Groffes y dos soldados vestidos de paisano.

Cuando el polvo de las cabalgaduras se perdió a lo lejos, Jess dio media vuelta y se dirigió a la taberna de Ed.

El local estaba repleto de gente, a pesar de lo temprano de la hora. Las mesas de juego se hallaban atestadas. Mae, la pelirroja, y la morena que habían cuidado tan bien de Jess se hallaban en plena tarea, animando a los clientes.

Jess cambió un saludo con las tres simpáticas chicas y, a continuación, se dirigió a un feo sujeto que era el encargado del orden, el cual se hallaba siempre bajo un letrero que decía: «Se prohíbe cantar y blasfemar».

—¿Dónde está Jim Crafford?

El vigilante del local miró a Jess con malignidad.

—¿Para qué lo quiere saber?

Jess chascó la lengua.

—Acaba de morir mi tío Jonás y Jim ha sido nombrado albacea testamentario.

—¿Eh?

—Lo siento, hijo —Jess le puso una mano en el hombro—. Tú has quedado fuera de la herencia por malo.

—¡Maldición, le juro que se va a tragar la broma…!

—Tranquilo, hijo.

El grandullón se arremangó.

—Yo te daré —sonrió aviesamente—. Ya verás lo que te doy.

—Ya es bastante castigo verte la cara. ¿Dónde está Jim Crafford, pequeño?

El tipo abrió las manos y las volvió a cerrar, con lo cual pareció calmarse, pero una extraña mueca se advirtió en sus feas facciones.

—Pasa, tipo listo. Sigue la flecha y verás cosas buenas.

Jess se dejó empujar un poco en dirección a un corredor que ostentaba un cartel: «Se prohíbe la entrada al personal ajeno».

Después de un corto recorrido, entraron en un cubículo muy estrecho

donde cinco hombres se hallaban en cuclillas fumando unas extrañas pipas.

Jess olisqueó el aire y arrugó las narices.

—Si no oliera a cerdo con tanta intensidad, juraría que aquí se fuma marihuana.

—¡Qué listo! —rió el matón, y se restregó las manazas.

—Aquí no veo a Crafford.

—Ahora lo verás, pimpollo —sonrió el matón, y batió palmas.

Por un agujero que tenía forma de puerta apareció un sujeto bajo, delgado y repelente.

Se quedó a medio salir cuando vio a Jess Milland.

Luego intentó retroceder, pero fue tarde porque Jess lo atrapó por el pescuezo y lo pasó por encima de los cinco fumadores de marihuana.

—¡Eh, déjeme, Milland! ¿Qué le hice?

El matón gruñó por detrás de Jess y le tocó en el hombro con un dedo.

—Escuche, pimpollo. Le he traído aquí con el cebo de Jim Crafford que usted mismo se lo buscó. Ahora, ¿sabe a quién le toca recibir?

—Aún no se repartieron los números.

—Porque usted los tiene todos —replicó el matón—, ¿Le gustó la respuesta?

Jess lo miró con respeto.

—No es mala.

—Ahora tome, pimpollo.

Al mismo tiempo, el matón lanzó un derechazo capaz de tumbar una res.

Jess se hizo a un lado y desvió en parte el golpe con un movimiento de izquierda.

Acto seguido, le dio suelta a la derecha, que rasgó el aire.

El impacto se produjo justo en el ángulo de la quijada del matón.

Este aulló reculando.

Como el recinto era muy estrecho, le faltó puerta.

Se llevó parte del marco y perdióse por el corredor acompañado de un largo aullido. Jess se volvió raudo y todavía alcanzó a agarrar a Jim Crafford, que se le zafaba de nuevo.

Ahora lo atrapó por los fondillos del pantalón.

Sin perder el ritmo, lo estrelló contra la pared de enfrente.

Los tipos de las pipas, alzaron las miradas turbias, pero agacharon de nuevo las cabezas porque no veían nada.

Jim Crafford chilló al tiempo que intentaba trepar por una estantería, lo cual lo asemejó a una rata.

Jess lo tomó esta vez por un tobillo y le dio impulso hacia abajo.

Crafford dio de plancha en el suelo y lanzó un estertor.

Puso los ojos en blanco y meneó las piernas.

Pero estaba muy lejos de morir.

—Uno… Dos… —Empezó Jess a contar—. Cuando diga tres, ya será tarde para ti, Jim Crafford.

La invocación surtió efecto, porque de repente, Jim dio la vuelta en el suelo y se puso de rodillas.

—¡Por todos los santos, señor Milland! ¡La tiene tomada conmigo!

Jess le acercó el rostro lo suficiente para envolverlo con el aliento.

Le sonrió fríamente.

—Eres una rata, Jim.

—Sí, señor —cabeceó el tipejo.

—El puerco más cochambroso que me he echado a la cara desde que nací.

—Sí, señor.

—Te voy a anudar las tripas.

—Sí, señor… ¡Digo, no señor!

—Empieza a escupir todo lo que sabes.

Jim Crafford se vio atacado de un fuerte tembleque.

—¡Dios Santo, señor Milland! ¡Usted sabe todos mis secretos! ¡Le he dado todos los informes cuando los ha necesitado! ¡Soy el mejor confidente del país! ¡Soy un pobre tipo que se gana la vida ayudando a los demás! ¡Usted recibió mi ayuda muchas veces! ¿Quién le puso al corriente de la banda de Mac Jerona? ¿Quién le dio el soplo de la trata de blancas? ¿Quién le dio una pista acerca del loco asesino? ¿Quién…?

—¿Quién escupirá los dientes?

—Yo, señor Milland —gimió Jim.

Jess suspiró roncamente como si se armara de paciencia.

—Jim —dijo—. Llegué a la ciudad con el ánimo de que me dieras una pista sobre los tipos que van detrás del inventor Cranston.

—Ya me sospeché que usted también estaría metido en el ajo.

—Ahora lo estoy.

—¿De modo que se enredó en ese asunto?

—Verás, muchacho. Vine en busca de tres fulanos que me debían una vieja cuenta. Eran Max Calender y los hermanos Carrigan.

—Descansan en paz —murmuró Jim reverentemente.

—Fueron muertos por tres individuos que estaban fuera del juego. Yo quería ajustar la cuenta a Max y a los Carrigan, ¿y qué sucede?

—Tres tipos forasteros se los quitan de las manos.

—Sí, muchacho.

—Yo le puse en camino de Max y los Carrigan, ¿de qué se queja, señor Milland?

—Se te quedó en el buche que Max y los Carrigan estaban enredados en el asunto del inventor Cranston.

—Bueno, sus cinco dólares no daban para más —Jim tosió—. Ahora si afloja otros… Eh, pongamos cincuenta. Tal vez le amplíe información sobre los amigos de Max y los Carrigan. ¿No son ésos los que le interesan ahora?

—Quedamos en que me hablarías de todos los negocios de mis tres chicos.

—¡Infiernos, lo del inventor era otra cosa!

—Voy a contar otra vez tres y, cuando lo haga, empezarás a escuchar cómo suenan unas costillas rotas.

—No.

Jess extrajo diez dólares y los puso a caballo sobre la oreja del repelente Jim.

—Habla.

El tipejo hizo una mueca de amargura.

—Noto poco peso en la oreja derecha. ¿No podría equilibrarlo con la misma cantidad en la izquierda?

—Diez son suficientes para lo que me dirás.

Jim suspiró, tomó los billetes de la oreja, los besó y los guardó en un roto de la camisa.

—Un tipo llamado Gregory Upton me pidió dos hombres para que le raptaran a un viejo que dijo ser su tío.

—Su tío, ¿eh?

—Bueno, yo fingí creerlo. La verdad es que el tipo pagó bien.

—¿Dónde tenían que reunirse?

—El tipo no lo dijo.

—Uno… Dos…

—¡Pare la cuenta, señor Milland!

—Adelante.

Jim torció las facciones.

—¡Maldición, esto es demasiado confidencial! Me lo dijo uno de los muchachos. Lo vi después de la entrevista con Upton. Parecía radiante. Dijo que iban de cabeza a Send City.

—¿Y después? —dijo Jess sintiendo la boca seca.

Jim se rascó la patilla con una uña negra.

—A ver… —Chascó los dedos—. Ya está. Habló de reunirse con Upton en Ghost City.

—Ghost City. El lugar cercano a la frontera con México.

—Maldita sea… No sé por qué no me corto la lengua. Luego, estas cosas se extienden y uno queda como un cerdo. No es decente hablar tanto, señor Milland.

—Ahoga la conciencia con estos cinco, muchacho —Jess sacó distraídamente otros cinco dólares y los puso en la oreja izquierda del sujeto.

—Ya me encuentro mejor, señor Milland.

Jess se puso en pie.

Desde la puerta apuntó a los cinco fumadores de pipa.

—Cuando acabe este asunto, hablaremos de la marihuana, Jim.

Jim rió como un conejo.

Se aproximó al oído de Jess, lo cual le provocó no poca repulsión.

—No es marihuana —cuchicheó—. Se trata de un sucedáneo bastante bueno y lo pagan bien… ¿Soy listo o no?

En eso llegó el matón, cubierto de inmundicias porque probablemente salía del callejón de los desperdicios.

—¡Aparta, Jim! ¡Voy a matarlo con sólo dos dedos!

Se arrojó contra Jess Milland.

Este hurtó el cuerpo y con el mismo impulso dio escape al puño derecho.

Golpeó en el cráneo del matón.

El fulano silbó por el aire y cruzó el espacio libre como una exhalación.

Jim gritó al vérselo venir encima y se apartó rápidamente.

Pero no fue lo suficiente ligero y el matón volando todavía lo atrapó.

Ambos entraron por el estrecho agujero.

Produjeron un fuerte estruendo a cacharrería, a bastante distancia, en la oscuridad.

Jess Milland sonrió mientras salía del cubículo.

Poco después, partía hacia Ghost City.

Capítulo VII

GREGORY Upton dio una chupada al cigarro y lanzó la bocanada hacia el techo, Sonrió. —Estamos en Ghost City, poseemos un viejo que vale cincuenta mil dólares y además acabo de conocer a la mujer más hermosa de mi vida. ¿No se puede llamar a eso felicidad, muchachos?

Nick Dudley y Marty Post rieron con ganas y, para demostrar su satisfacción, se lanzaron al coleto el contenido de los vasos que manejaban,

El cuarto ocupante de la estancia era un hombre de unos cuarenta y cinco años, cabello entrecano y facciones enérgicas, aunque sus ojos delataban una alarma mal contenida. —No mezcles a mi hija en esto, Gregory.

El rubio enarcó las cejas.

—Miren al viejo quisquilloso. ¿Qué les parece?

El hombre de los cabellos entrecanos se humedeció los labios.

—Has cambiado mucho, Gregory. En otros tiempos me tratabas con más respeto. —Monsergas, David. La vida nos enseña mucho.

—¿También a cometer secuestros y a alternar con pistoleros?

Gregory rió con ganas y apuntó con el puro a Nick y Marty.

—Eh, chicos. Eso va por vosotros. ¿No tiene gracia el viejo David?

Los dos fulanos a las órdenes de Gregory rieron con ganas.

—Me parece que tendrás un suegro cascarrabias, Gregory —dijo Nick, quien había hecho muchas migas con el rubio.

—Si me entendí en años pasados con su padre, ¿no me voy a entender con el bombón de su hija?

—¡No hables así de Edna! —masculló el hombre llamado David.

Todos se rieron de él.

Gregory Upton acabó las risas con unas sacudidas de cabeza.

—Perdona, David, pero es que me has dado la sorpresa. Vengo a visitar a un viejo amigo de otros tiempos. Entonces tenía una pequeñaja llena de pecas y con las piernas más largas que una langosta. ¿Y qué me encuentro de pronto? Yo te lo diré. Al viejo David más gruñón que nunca y a la langosta convertida en un bombón de esos que parecen decir: «Eh, aquí el diente».

—Eres sucio, Gregory.

Upton se puso en pie, ahora con una mueca en el rostro.

Estrelló el puro en el suelo.

—Vuelve a decirme una cosa así y te juro que te hago escupir los dientes.

David también se arrancó y apretó los puños.

—Marcharos de aquí, Gregory. Marcharos de aquí o llamaré hoy mismo al *sheriff*.

—¿Sí?

—Os doy de plazo hasta después del mediodía.

Gregory hinchó una vena en la frente.

De pronto pegó un revés en el rostro de David.

El padre de Edna saltó por encima de una silla de mimbre y cayó de espaldas al suelo.

En eso se escuchó un grito en la puerta de la sala.

—¡Papá!

Todos vieron correr a la hermosa Edna hacia su padre.

La muchacha se arrodilló en el suelo para atender a su padre y sujetó la cabeza de él entre las manos.

El rubio, Nick y Marty no vieron nada de aquello porque estaban pendientes de cada una de las curvas de la muchacha.

Edna estaría por los veintidós años, era morena, de cuerpo esbelto, cintura muy estrecha y busto prominente. Tenía un bello rostro de ojos grandes, labios un tanto gruesos y nariz de aletas vibrantes.

Se volvió hacia el trío del centro de la sala y los fulminó con la mirada.

—Son ustedes unos granujas.

—A callar, Edna —cortó Gregory—. Esto es cosa de hombres.

Ella dejó a su padre en el suelo y se incorporó.

Cada movimiento fue retratado por la ávida mirada de los visitantes.

—Ustedes aparecen por aquí y se aprovechan de la vieja amistad con mi padre. Se les da comida, cama y ahora nos pagan con esto. Váyanse ahora mismo de esta casa.

Gregory lanzó la mano como si fuera una serpiente a la caza del pájaro y atrapó la muñeca de Edna.

—Escucha, preciosa…

—¡No me toque!

Gregory accedió a soltarla a medias, pero lo hizo porque la descarga eléctrica que le mandaba ella por la mano le ponía la carne de gallina.

—Edna, tienes que ser buena, Tú y tu padre tenéis que portaros bien y nadie se lamentará de nada.

—Usted no me da ningún miedo,

—Eso es lo que me gusta de ti, pequeña. Eres tan valiente como el

viejo David en sus tiempos mozos.

—Váyase al infierno.

—Déjame que te hable del viejo, ya que ha salido a colación.

David se estaba recuperando del golpe y se puso en pie vivamente.

—¡No tienes nada que decirle a Edna!

La chica miró a los dos hombres y una sospecha nació en sus negras pupilas.

Gregory soltó una risita.

Luego se puso serio.

—Muy bien, David. La chica no se enterará de nada.

—¡Calla, Gregory! —estalló David, y tragó saliva al notar la mirada de su hija sobre sí. —Quiero saberlo, papá —dijo con voz tranquila Edna.

Gregory sacudió la cabeza riendo en tono menor.

—No hay nada que contar, amigos. Nosotros permaneceremos aquí hasta que hayamos despachado el negocio que nos trajo. Nadie tiene que saber que estamos aquí, excepto las personas que citaré previamente cuando hayamos liquidado el negocio con ese vejete que tenemos en el desván, los chicos y yo nos largaremos de aquí y os dejaremos un pellizco de dinero por vuestras atenciones.

—Puede guardarse su dinero, señor Upton —dijo Edna.

—Vamos, pequeña. Debes ser más amable conmigo.

—¿Quieres dejarla en paz, Gregory? —intervino David—. Si te metes con ella no respondo de lo que pase.

—Sí, ¿eh…? —la mirada de Gregory se endureció—. En primer lugar sabes que te tengo cazado por aquel asunto de San Luis.

—Basta, Gregory. ¡Basta!

—En segundo lugar, los chicos y yo no hemos venido en visita de cumplido, ¿me oyes, David? Vine aquí porque era el único lugar en la tierra donde podía arreglar mi negocio.

Estaré aquí hasta que todo se haya resuelto, ¿entiendes, David? Ni tú ni tu hija vais a descubrirnos al *sheriff* o a cualquier otra persona ajena al asado. ¿Me hago entender, David? Vive Dios que si os vais de la lengua lo vais a pasar muy mal. ¡Lo juro, infiernos!

Un largo silencio se extendió por la sala.

La mirada de Gregory era casi demencial, fija unas veces en David y otras en su hija.

Por fin, David y Edna se fueron acercando y quedaron próximos a la puerta.

Ella puso la mano en el brazo de su padre, quien le apretó los dedos.

—De acuerdo, Gregory —dijo David—. Nadie sabrá que estáis aquí.

El rostro de Gregory se iluminó y al fin acabó por reír.

—Así me gusta, David. Ahora prepara unas botellas de whisky porque están al caer los primeros clientes.

David y su hija desaparecieron por el corredor.

Gregory regresó al sillón y se tumbó de nuevo.

—Traedme al inventor, muchachos.

Nick hizo una indicación a Marty con la cabeza, quien se retiró hacia una puerta del fondo.

Se le escuchó subir una escalera.

Unos minutos después descendió acompañado de alguien que lo hacía a trompicones.

Se escuchó la voz cascada del viejo Joe Broceo.

—¡Por todos los santos, hijos míos! ¡Os habéis equivocado de tipo! ¡Yo me llamo Joe! Marty le dio un empellón que lo colocó cerca de los pies de Gregory.

Este alargó la pierna derecha y le pegó con fuerza en las costillas.

Joe aulló dando vueltas en el suelo y, cuando tropezó con una mesa, quedó a cuatro patas.

—¡No me pegue, señor Upton! ¿Qué le hice yo?

—Abuelo —suspiró Upton—. Desde hace rato le hemos dado cuerda con eso de que se llama Joe Broceo. Pero ya se acabó.

—¿Se acabó? ¿Cómo quiere que me llame?

—Usted es Warner Cranston. ¿Quiere dejar de hacerse el loco?

Joe Broceo hizo bailotear los ojos dentro de las cuencas.

De repente, vislumbró un chispazo dentro de la sesera.

Comprendió todo lo que se guisaba allí.

Aquellos tipos lo habían tomado como el verdadero Cranston por el solo hecho de encontrarlo en el laboratorio haciendo las mezclas del matarratas.

Pero lo que acababa de comprender era que aquella misma confusión podía beneficiar al doctor Cranston. ¿Quién había sido el doctor Cranston para él…? Un gran tipo. Le dejaba al cuidado su whisky y era el único que le había dado un dólar para poder ir tirando. Ahora llegaba el momento de pagar la deuda. Aquellos tipos no querían matarlo. Querían algo del profesor Cranston. Bueno, les daría cuerda y en paz. Así podría desviarlos del profesor Cranston, y éste se libraría. ¿Podía hacer algo más un tipo agradecido? Eso haría él, Joe Broceo.

Se incorporó con una sonrisa en los labios.

—Señoras y caballeros —hizo una reverencia—. Me rajo.

—¿Eh? —hicieron Gregory y los dos forajidos a coro.

—A ustedes no se la pega nadie.

Gregory torció las facciones.

—Desde luego, Cranston.

—Confieso que soy Cranston. Y que tengo la fórmula del explosivo a punto de caramelo. Gregory y los dos socios se miraron con satisfacción.

—Eso es bueno, Cranston. Habríamos lamentado siempre tener que sacarle la fórmula a golpes, o con hierros al rojo en los pies. Ahora todo andará mejor.

—¡Yajají! —se frotó las manos Joe dando un brinco—. ¿Cuándo empiezo a trabajar? —Usted va a pasar a manos de ciertos caballeros que nos pagarán el traspaso, ¿sabe Cranston?

—¡Ya me olía yo algo! —carcajeó Joe, y barreño con el dedo el abdomen de Upton—. Es usted un buen pillastre.

—Puede llamarme su representante —tosió Gregory.

—¿Qué debo hacer?

—Tendrá que hacer una demostración del explosivo cuando lleguen los amigos que quieren comprar su fórmula. Usted pasará a manos de ellos, trabajará en el «T.W. T.» y se llenará los bolsillos de oro. ¿Somos filántropos o no?

—¡Usted es mi padre, señor Upton! —exclamó Joe.

Y antes de que el rubio pudiera evitarlo, Joe le atrapó la cabeza entre las manos y le propinó un beso en la frente.

Sin embargo, Joe se apresuró a escupir con disimulo apenas lo soltó.

Capítulo VIII

JESS Milland entró en el *saloon* Dixie, principal local de bebidas y esparcimiento de Ghost City.

Las puertas del Dixie *Saloon* escupían un cadáver diario, según las estadísticas de las Damas de Buenas Costumbres y Ornatos, asociación que se llenaba de horror ante las tropelías que se sucedían en la turbulenta ciudad.

—¡Jess! —gritó una voz femenina.

Milland se volvió.

Una rubia con curvas muy dignas de tener en cuenta, y un rostro de ojos verdosos y nariz respingona, corrió hacia él con los brazos abiertos.

Jess la tomó por la angosta cintura y la levantó en vilo.

—¡Patricia…!

La rubia llamada Patricia rodeó con sus brazos desnudos el cuello varonil y luego sólo tuvo que doblar la cabeza para besar la boca de Jess.

Milland la puso en el suelo, pero ella no apartó sus manos de donde las había puesto.

—Me parece increíble, Jess… Dos años sin verte, bandido… ¿Dónde te metiste?

—Estuve en Alaska cazando osos para despellejarlos.

—Embustero. Yo sé las únicas pieles que a ti te gustan. Y hablando de ellas, ¿qué tal encuentras la mía?

—Nena, te doraste mucho.

—Fue el sol de San Francisco, Anda, ven, tengo ganas de que estemos a solas.

—Pat, no puedo ahora.

—Siempre recuerdo tus palabras: «Un trabajo se puede demorar cuando uno encuentra otro mejor a mano» —hizo una pausa—Jess… Te aseguro que lo pasarás bien…

—No lo dudo, nena, pero me llegué aquí por motivos urgentes.

—Ya entiendo, uno de tus líos.

—¿Líos…? ¿Qué es eso, nena?

Patricia rió con un brazo en jarras.

—Dejarías de ser Jess Milland si no estuvieses metido continuamente

en un embrollo. —Está bien, Pat. Acertaste.

—¿De qué se trata?

—No lo sabrás.

—Ya entiendo, te persigue alguien para ajustarte las cuentas. ¿Sabes una cosa, Jess…? Durante el tiempo que estuve en San Francisco me pregunté muchas veces en qué lugar del país estarías enterrado.

—Pat, ¿es posible que perdieses la confianza en mí?

—No fue mía la culpa. Aún recuerdo la forma en que sacabas el revólver… A propósito, podría encontrar colocación para ti.

—¿Quién sería el patrón? ¿Tú?

—No. Dixie, la dueña del establecimiento.

—Ya sé, necesita matones para imponer el orden.

—La plantilla está cubierta. No te puedo concretar la clase de trabajo. Ocurrió el otro día. Yo iba a entrar en su despacho para recibir mi paga y oí que estaba hablando con un hombre al que le decía: «Hay mucha gente detrás de todo esto, Holmes, y necesitamos un tipo con agallas. Encuéntramelo cuanto antes o te despido».

—¿Y lo encontró?

—Creo que no porque vi esta mañana a Holmes con la cara muy triste.

—Sabes que tienes una patrona muy interesante. ¿Para qué querrá a un tipo con agallas?

—Pregúntaselo a ella y saldrás de dudas.

—Corriente, nena. Llévame a su lado.

Jess fue a echar a andar, pero Pat le puso una mano en el pecho.

—Espera, Jess, debo advertirte algo.

—¿Con respecto a qué?

—A Dixie.

—Muy bien. Suéltalo.

—Dixie es una mujer que produce una fuerte impresión en todos los hombres que la ven por primera vez.

—Comprendo. Es la mujer cañón. Debe pesar ciento veinte kilos.

—Una cosa así.

—Y apuesto a que tiene bigote.

—Creo que se lo afeita.

—Te diré un secreto, Pat. Oí hablar a un tipo de Dixie en uno de los pueblos cercanos. Estaba charlando en una mesa y decía que no se acercaría jamás a Ghost City por temor a encontrarse con Dixie.

—Otro aspecto que tú desconoces de Dixie es que es un bloque de hielo.

—Creí que sería toda grasa. Gracias por tus consejos, Pat. Anda, vamos ya.

Jess fue con Pat hasta una puerta que había al fondo y que vigilaban dos hombres como torres.

Los dos hombres miraron a Jess con ojos oblicuos que daban a su cara un aspecto mongólico. El de la derecha dijo:

—¿Qué quieres, Pat?

—Este amigo quiere hablar con Dixie.

—No puede entrar. Ella está descansando.

—Ya lo he notado —dijo Jess—. Oigo desde aquí los bufidos de la ballena.

La cara de Pat se puso pálida.

—¿Qué dices…? Estos tipos tienen orden de machacar el cráneo de los tipos que ofendan a Dixie.

Jess dio un suspiro y habló a los dos hombres.

—Eh, payasos, ya están tocando el piano. Dedíquense a hacer su número cómico.

Las dos torres tenían la fachada pintada por la sorpresa.

—Eh, renacuajo —dijo el que antes había hablado—. Pega un salto hacia la puerta si no quieres perder la cáscara.

Pero lo que hizo Jess fue dar un paso adelante acercándose más a los dos hombres.

—Sois un par de animales y no estáis aquí como debéis. Poner las pezuñas delanteras en el suelo y ya estaréis a cuatro patas.

Los fulanos no quisieron oír más. Se lanzaron contra él.

Jess pasó por entre ellos como por arte de magia y revolvióse con la agilidad de un puma.

Los atrapó por el cuello.

Los dos guardianes llevaban impulso y Jess se limitó a imprimirles el movimiento adecuado.

Sonó un terrible chasquido cuando los dos cráneos entraron en colisión.

Luego Jess los soltó.

Los fulanos se tambalearon y uno cayó contra la pared y otro junto a la esquina del mostrador.

Jess se volvió hacia Pat que estaba asombrada.

—Gracias, nena. Lo demás corre de mi cuenta.

—¿Por qué hiciste eso, Jess?

—Dixie dijo que quería un tipo con agallas —repuso Jess, y abrió la puerta que tenía ante sí.

Una vez en el interior, cerró a su espalda.

La habitación estaba sumergida en la penumbra.

Vio la espalda de un sofá a la derecha. Por el sofá escapaba una respiración acompasada.

—¿Da su permiso, ballena? —dijo Jess.

Del sofá le llegó un gruñido.

—Si no se puede mover, le echaré una mano, pero le advierto que no traje la palanca para moverla.

Tras decir esto, Jess fue hacia la ventana que estaba al fondo y abrió las cortinas.

Los rayos del sol muriente penetraron en la estancia.

Al volverse, Jess miró al sofá y recibió la primera sorpresa. Por encima del borde, había aparecido una cabeza de mujer.

Era maravillosamente bella, de ojos grandes, azul claro, cejas en arco, la nariz recta y unos labios gruesos, sangrientos. El complemento de todo ello era la mata de pelo de un color rojizo.

—¿Quién es usted, desgraciado? —preguntó la jugosa boca.

Jess se dirigió hacia el sofá mientras decía:

—Me dijeron que usted necesitaba un hombre.

—Todas las plazas de camareros están cubiertas.

Jess rodeó el sofá y se detuvo como si hubiese encontrado en su camino un precipicio. Allí había dos fallos. Dixie no tenía bigote. Tampoco pesaba ciento veinte kilos.

Dixie poseía un cuerpo escultural y todas sus formas se advertían porque el vestido verde le ceñía mucho, acreditando la pureza del relleno, la largura de sus piernas, la estrechez de su cintura…

—¿Por qué se queda alelado? —preguntó la hermosa.

—Por la sorpresa, ballena.

—Si me llama otra vez ballena ordeno que le saquen la espina por la boca.

—¿A quién se lo ordenará?

—A los dos hombres que están en la puerta.

—¿Cómo cree que entré aquí?

Dixie entornó los ojos.

—Creo que lo comprendo perfectamente. Los compró.

—No, Dixie. No acostumbro a invertir un solo dólar en los asuntos que puedo resolver personalmente.

—¿Me quiere hacer creer que los hipnotizó?

En aquel momento se abrió de golpe la puerta y los dos matones irrumpieron en la estancia. Cada uno de ellos mostraba en la frente un chichón del tamaño de un huevo de avestruz.

—Sus dos cancerberos se golpearon, Dixie —dijo Jess.

—¡Mentira! —exclamó el más orador de los dos guardianes—. Él nos hizo chocar las cabezas.

Dixie agrandó un poco los ojos al oír aquello.

Los dos fulanos levantaron los puños y empezaron a acercarse a Jess.

Este retrocedió diciendo:

—Muchachos, no me gustaría haceros pupa.

—¡Quietos todos! —exclamó Dixie.

Sus dos empleados se detuvieron mirándola con perplejidad.

—Señorita Dixie… —dijo el de siempre—. Nos pilló de sorpresa, pero ahora le daremos lo suyo y lo que dejó de recibir el año pasado.

—Eres muy chistoso, Norman, pero tú y el Mudo vais a salir de aquí inmediatamente. Mi visitante se queda.

El llamado Norman pestañeó incrédulo.

—¡Fuera! —gritó Dixie.

Norman movió la cabeza en sentido afirmativo, muy nervioso, y, atrapando del brazo a su compañero, retiráronse ambos moviendo las piernas con mucha celeridad.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Dixie miró a Jess, que sonreía mostrando unos dientes parejos y blancos.

—Soy una mujer de negocios, de modo que iremos enseguida al grano.

—Eso digo yo —asintió Jess.

Se dirigió hacia ella, se sentó al lado de su regazo y, antes de que la joven se diese cuenta de lo que iba a hacer, la atrapó por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó en la boca. —¿Qué ha hecho? —exclamó la joven.

—Seguí sus órdenes porque yo soy un chico muy obediente. Fui al grano.

—Voy a contar hasta tres y, si para entonces no se ha situado a veinte yardas de mí como mínimo, tocaré la campanilla.

—¿Qué campanilla?

—La que está en la mesa.

—Pero primero tiene que llegar a la mesa —dijo él y la besó otra vez en los rojos labios. Dixie apartó otra vez la cabeza, sofocada.

—Estúpido, ¿es que no se lo dijeron…?

—¿El qué?

—Que soy una mujer de hielo.

—Hay muchos calumniadores por ahí, ¿verdad, Dixie? Yo estoy a su lado y todavía no he notado el frío.

Dixie había metido la mano por debajo del almohadón y ahora la alzó con un pequeño revólver de cañón corto. Apuntó al pecho de Jess.

—Voy a disparar —dijo.

Jess se pasó un dedo por el cuello.

—Ahora es cuando empiezo a creer que estoy en el Polo…

Capítulo IX

—PÓNGASE en pie inmediatamente.

Jess se levantó del sofá.

—Bueno, tenía razón el tipo que dijo que lo bueno dura poco.

—No trate de requebrarme.

—¿No le gusta?

—No.

—Corriente, ballena.

Los ojos de Dixie despidieron fuego.

—Le advertí que no me llamase eso.

—¿En qué quedamos? Acaba de decir que no le gustan los requiebros.

—Tampoco los insultos —repuso la pelirroja con los dientes apretados—. Sólo contestará a las preguntas que yo le haga.

—Sí, señora.

—¡Señorita!

—Yo le llamo a usted conde, sí así lo quiere.

—Me está exasperando otra vez —repuso Dixie y arqueó el dedo en el gatillo.

Jess puso las palmas de las manos por delante.

—Seré un buen chico, Dixie.

—Es mejor para usted. Empezaré mi interrogatorio. Diga cuál es su nombre.

—Jess Milland.

—¿Edad?

—Veintiocho años, nací en Show Low, Missouri, en una herrería. Mi madre cosía para las esposas de los ricos y mi padre les clavaba las herraduras a ellos.

—¡Párese!

—Sí, señor juez… Perdón, quise decir Dixie.

La pelirroja lo fulminó otra vez con la mirada.

—¿A cuántos ha matado?

—A muchos.

—El número.

—No llevo la cuenta.

—Me gustaría saber si es rápido con el revólver.

Todavía no había terminado Dixie de decir la última palabra, cuando Jess desenfundó como una centella con la diestra y su revólver quedó apuntando a la cabeza de la joven. Ella se estremeció visiblemente.

—¿Qué va a hacer, señor Milland? —dijo y hubo un trémolo en su voz.

Jess hizo girar el revólver en el dedo índice y enfundó el «Colt» con la misma celeridad con que lo había sacado.

Reinó un gran silencio en la estancia y al fin Dixie bajó la mano y escondió el revólver bajo el almohadón. Luego alzó los ojos deteniéndolos en las pupilas de Jess.

—No lo ha hecho mal del todo.

—¿La primera parte o la segunda?

—Me refiero a la prueba de su habilidad con el revólver.

—Es una lástima. Pensé que sería lo otro.

—Quiero aclararle algo con respecto a eso otro. No me gustaron sus besos.

—Disculpe, Dixie, pero le aseguro que es la primera reclamación que me hacen desde que cumplí los catorce años.

—Usted es un fanfarrón, pero le voy a decir algo, señor Milland. No vuelva a intentar lo que ha hecho. No me ponga las manos encima, o recibirá un escarmiento que no olvidará mientras viva.

—Dígame, señorita Dixie, ¿mantiene esa actitud frente a todos los hombres?

—Sí.

—¿Por qué?

—No ha venido usted aquí a pedirme razones.

—Sólo pretendía curarla.

—No estoy enferma, señor Milland.

—Existen enfermedades del cuerpo y del alma. Usted es una manzana. Está limpia por fuera, pero ¿qué pasa ahí dentro?

—Aquí dentro no pasa nada. Mi corazón funciona perfectamente.

—Me temo que lo que usted llama corazón sea una cebolla.

—¿Quiere terminar de decir tonterías? Una más y tendré que renunciar a contratarlo, señor Milland.

—De modo que me va a contratar.

—Sí, pero dígame antes cuánto acostumbra a cobrar.

—Depende de la clase de trabajo que sea. Hábleme del negocio y luego fijaremos el precio.

—Muy bien. Se trata de encontrar a un hombre.

—Y dijo usted hace un momento que mantenía la misma actitud con respecto a todos nosotros. Le interesa uno, está loca por él, enamorada

hasta los huesos, lo quiere a su lado al precio que sea… El la despreció, la abandonó… La dejó tirada en la calle… Usted corrió tras de él y sólo recibió una patada.

Dixie estaba aturdida.

—¿Cuál es el título de ese folletín…? —exclamó—.

Yo también lo he leído… Oh, sí, «Mary la Triste» o «Abandonada en el granero».

—Estupendo, Dixie. No tuve tiempo de leer el segundo tomo… ¿Qué le pasó a Mary cuando el malo la ató a la silla, le pegó fuego a la casa y colocó en el sótano dos barriles de dinamita…?

—Nunca se supo.

—¿Cómo…?

—El autor, al llegar al cuaderno 344, justo a la parte que ha contado, sufrió un colapso… Pero, ¿qué idiotez está diciendo, señor Milland…? ¡Usted me confunde!

Jess se dirigió hacia una mesa y escanció whisky en un vaso.

—Tómese esto y verá cómo se calma —pero él bebió antes un trago.

—¡No se beba mi whisky! —gritó Dixie.

—Diablos, se cuida bien. Es el mejor… Debe calmarse un poco más —dijo Jess y apuró el contenido del vaso.

Los senos de la joven se agitaban tumultuosamente en su encierro.

—He conocido a tipos frescos, pero usted es el mayor de todos.

Jess dejó el vaso sobre la bandeja y regresó junto a la joven.

—¿Dónde está su amado?

—No es mi amado. Se trata de un inventor, de un sabio.

Jess sintió un escalofrío por la espalda, pero lo disimuló.

—Así que, es usted una intelectual, le da por los tipos de las altas esferas.

—Ese sabio sólo me interesa por motivos pecuniarios.

—Ya entiendo, el tipo se dedica a inventar platos de cocinar.

—Al decir pecuniarios no me refería a la cocina. Se trata de Warner Cranston. ¿No ha oído hablar de él?

—Oh, sí, le llaman también Cranston *el del Cepillo.*

—¿Cómo?

—El bueno de Cranston me ha limpiado muchas veces las botas. Trabaja en la estación de ferrocarril de Kansas City.

—Usted y yo no estamos hablando del mismo Cranston.

—Es que recordé que el Cranston de Kansas City tiene la manía de inventar un betún líquido.

—El Cranston que me interesa ha descubierto un nuevo explosivo… Quien consiga la fórmula se hará millonario.

—Y para lograrlo necesita a Cranston vivo o muerto.

—Vivo. Fiambre no me serviría de nada.

—Bien, Dixie. Deme una pista.

—Últimamente Cranston trabajaba en la Compañía Hullera de Send City.

—Iré allí y se lo traeré en un suspiro.

—Perdería su tiempo. Cranston ya no se encuentra en Send City. Fue secuestrado. Lo tiene en su poder un competidor mío.

—¿Quién es el competidor?

—Gregory Upton, un rubio de 35 años que se dedica a toda clase de negocios.

—Más o menos, como usted.

—Ahórrese los sarcasmos, Milland. Ahora está trabajando para mí. Es mi empleado. Y lo primero que exijo a las personas que yo contrato es que me respeten.

—Sí, señorita Dixie.

—Tengo razones para suponer que Gregory Upton se encuentra en esta ciudad y que, por lo tanto, también está aquí nuestro sabio Warner Cranston.

—¿Cómo lo ha sabido?

—¿Olvida que soy la dueña del *saloon* más, importante de la ciudad?

—Ya entiendo. Le dieron un soplo.

—Llámelo como quiera. Gregory Upton encargó el rapto de Cranston a dos hombres, Nick Dudley y Marty Post.

—Descríbamelos.

—Nick Dudley es alto, de mejillas hundidas. Tiene una cicatriz bajo la oreja derecha. Marty Post es rollizo, más bajo. Tiene un mechón de pelo blanco en la frente. Los dos están por los cuarenta años.

—¿No sabe en qué lugar de Ghost City se pueden encontrar?

—¿Cree que si lo supiese lo habría contratado a usted, Milland?

—Sí, entiendo.

—Ahora, márchese de aquí y no vuelva hasta traerme a Warner Cranston.

—Todavía no terminamos, Dixie. Hasta ahora no se habló de dinero.

—Le daré quinientos dólares.

—¿Cree que soy un pobretón que se llegó a su puerta con la mano extendida pidiendo una caridad?

—Continúa teniendo la lengua muy larga, Jess.

—Vaya, se enterneció. Ya me llamó por mi nombre.

—Yerra en sus cálculos, Milland. Le llamé por su nombre porque es más corto.

—Oh, usted practica la ley del ahorro de saliva… Pero hablemos de vil metal. Quiero dos mil dólares.

—No me está vendiendo una punta de reses, Jess.

—No, ya lo sé. Le estoy vendiendo algo mejor. Un sabio que debe valer su peso en oro. —Me dijeron que Cranston está en los huesos… No debe pesar más de cuarenta y cinco kilos.

—Entonces, justo acerté en la tarifa. El secuestro de sabios de cuarenta y cinco kilos de peso fue fijado en dos mil dólares en la última asamblea de secuestradores de Denver, Colorado.

—No me hacen ninguna gracia sus chistes.

—Nadie ríe los chistes que les cuesta dinero del bolsillo. Pero hablaba en serio. Dos mil o nada.

La joven, que estaba otra vez muy excitada, fue a abrir la boca con la evidente intención de decir «nada».

—Piénselo antes —dijo él apuntándole con el dedo índice.

—Está bien, Jess. Cuente con los dos mil.

—Quinientos adelantados.

—¿Eh?

—Ya lo oyó. Tendré muchos gastos.

—¿Qué gastos?

—Rubias, morenas, pelirrojas…

—¡No le daré un centavo para que se lo gaste en mujeres!

—No me entendió. Me refiero a que tendré que invertir dinero en personas que me ayudan, y yo suelo valerme de ustedes.

—Ya comprendo. Las engaña.

Jess bajó la mirada al suelo.

—Por favor, Dixie, no me descubra.

—Está bien. Da la casualidad de que en este caso no rrtí importan sus procedimientos. Quiero a Cranston a toda costa.

La joven saltó del sofá y se dirigió a la mesa.

Jess quedó admirado una vez más al verla de espaldas.

La chica era un cántaro estrecho por abajo que se ensanchaba más arriba.

Ella rodeó la mesa y se agachó.

En aquella actitud estaba deliciosa porque su vestido crujió, de tan entallado que le vino a los flancos.

Sacó un cofre del que extrajo un fajo de billetes asegurado por una goma.

Jess fue a su encuentro y tomó el fajo. Le desprendió la goma y se puso a contar.

—¿Qué hace, Milland?

—Asegurarme de que hay quinientos.

—No se fía de mí, ¿eh?

—Ni pizca, pero sólo le pago con la misma moneda. Yo me senté en

el sofá y porque le di un par de besos me armó una buena… ¿Qué pensó que iba a pasar después del beso?

La joven tenía rojas las mejillas.

—No lo quiero pensar.

—Usted se lo pierde.

—Señor Milland, termine de contar de una vez esos billetes y lárguese a México.

—¿Cree que estará allí Warner Cranston?

—Sólo lo decía metafóricamente para perderlo de vista.

—Falta algo —dijo Jess después de terminar de contar los billetes.

—Esos fajos son de quinientos y mi cajero no se equivoca nunca.

—No me refería a dinero. ¿Qué va a hacer con Warner Cranston cuando se lo traiga?

—No es cuenta suya.

—No me gustaría que lo asesinase.

—No soy una asesina.

—Ni que le dé tormento para sacarle la fórmula de la sopa de ajo.

—Señor Milland, ya le he dicho que no tengo por qué darle razones. Y ya me estoy arrepintiendo de haberlo contratado. Quédese un minuto más y le pediré que me devuelva los quinientos dólares.

Jess guardó el fajo de billetes en el bolsillo.

—Me pondré en marcha inmediatamente, Dixie. ¿A qué hora se acuesta?

—A las once.

—Vendré a las once y media.

—Muy bien —dijo ella, pero de pronto agregó—: ¿para qué quiere venir a las once y media?

—Para darle mi informe de todo lo que haya hecho.

—No quiero que me dé ningún informe de sus gestiones mientras no tenga a Warner Cranston… ¿Lo oye…? Sólo lo recibiré cuando haya atrapado al sabio.

—Es usted muy materialista, Dixie. Sólo quería ver cómo le sienta el camisón.

—Le advertí antes que no pensase en mí como mujer.

Jess la miró de pies a cabeza.

—Eso resulta un poco difícil.

—¿Sabe una cosa, señor Milland? Me duele la cabeza. Su conversación me ha producido una fuerte jaqueca.

Jess la tomó por un brazo.

—Siéntese en el sofá, relájese y yo le daré un masaje que la pondrá buena.

—No haré tal cosa —exclamó la joven apartándose de un salto.

—Sólo quería pasarle los dedos por la nuca… Con un roce suave, el dolor se va al infierno.

—Es usted muy amable, señor Milland. Pero yo tengo la mejor medicina para mi jaqueca.

—¿Cuál es?

—Que usted se marche.

—La incomprensión humana… —cabeceó Jess y echó a andar hacia la puerta.

—Señor Milland.

—¿Sí? —dijo él deteniéndose.

—Será mejor que no me traicione. No trate de largarse con los quinientos dólares…

Jess la obsequió con una sonrisa.

—No haría eso por nada del mundo… Me defraudó usted cuando dijo que no le gustaron mis besos.

Ella levantó la barbilla con mucho orgullo.

—Eso lo mantengo.

—Quizá no lo haga por mucho tiempo.

—Cuando vuelva usted aquí, sólo hablaremos del negocio que le he encargado. Olvídese de todo lo demás.

—¿Se olvidará usted, Dixie?

—Usted no sabe qué clase de mujer soy yo.

—Claro que lo sé. Una mujer que aparenta ser un bloque de hielo, que se obstina en despreciar a los hombres… Pero todo eso es puro teatro.

—¿Qué dice?

—Cuando yo la besé usted se estremeció y no fue de miedo precisamente. Usted no es de hielo… Todo su cuerpo vibró como el de un ser humano… Podrá engañar a otro, pero no a mí, Dixie. Usted ha pasado el examen al que la sometí y le voy a dar la calificación. Ha obtenido un humilde aprobado por su falta de cooperación. Espero que sea mejor alumna en la próxima lección. Entonces es posible que le dé el sobresaliente. Suyo atentísimo, el profesor.

Jess dio media vuelta y salió de la estancia dejando a Dixie con la boca abierta.

Capítulo X

GREGORY Upton observó con ojos entrecerrados los movimientos gráciles de Edna Cummings mientras la joven se llevaba el servicio de café.

Cuando Edna hubo desaparecido de la cocina, Gregory desvió los ojos hacia David, el padre de Edna.

—Bueno, David, he decidido emparentar contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo sabes bien. No disimules.

—Yo también pondré las cartas boca arriba, Gregory.

—Así me gusta.

—No te daré a mi hija.

—No me la vas a dar. Me voy a casar con ella.

Las orejas de David enrojecieron.

—Gregory… No digas eso… Por lo que más quieras, no lo digas.

—Eh, amigo, ¿qué tengo de malo yo…? Cualquiera que te oiga, pensaría que soy un leproso.

David respiró profundamente.

—Gregory, fuimos en otro tiempo amigos.

—Yo diría que algo más que eso, ¿verdad, David…? Juntos hicimos muchas cosas… ¿He de recordarte el asalto a San Luis…? Infiernos, atrapamos una bolsa de 4.000 dólares y en aquellos tiempos era un buen botín… También hicimos juntos otras cosillas.

David cerró los ojos y se apretó las sienes con la mano derecha.

—He sido un ingenuo pensando que podría borrar el pasado.

—¿Por qué no le pones música a esa letra? Podría ser el bonito título de una canción.

David volvió a mirar a su antiguo compañero.

—Gregory, yo soy un hombre honrado.

—Vaya, qué sorpresa…

—Me redimí, Gregory. Sí, puedo confesártelo… Me di cuenta a tiempo de que el camino que había emprendido era el malo… Llegué a este pueblo huyendo de la justicia como un fugitivo. Aquí encontré a una mujer que me dio un empleo en su granja… Ella tenía una hija…

—Adivino lo demás… Nació el amor entre tú y la hija de la mujer

que te tendió la mano… Un amor apasionado, irrefrenable… Hermoso como una aureola…

Gregory lanzó una carcajada.

—Puedes burlarte lo que quieras, Upton. Pero es la pura verdad. Nos casamos.

—Claro que sí, ¿cómo no ibas a casarte…? Tú eras un don nadie, un vulgar ladrón.

—Cállate, por favor…

—Ese matrimonio te vino de perlas… Así, cualquiera se puede redimir. Pero no debías de haber olvidado a tus viejos amigos, por ejemplo, a Gregory Upton, el muchacho que tanto hizo por ti. Pero yo soy hombre que sabe perdonar… Sí, David. Disculpo que te hayas olvidado de mí tanto tiempo… Pero ya ves, me informé hace unos meses de tu existencia y, en cuanto he tenido una oportunidad, me he dejado caer por tu casa para saludarte.

—Quítate la máscara, Upton, Sólo has venido aquí por tu conveniencia. Habéis secuestrado a ese hombre.

—¿Quieres que te arranque los dientes, David? Recuerda que siempre fui el más fuerte de los dos… ¿Hacemos una prueba para saber si lo continúo siendo?

—No hace falta, Gregory. Sigues siendo el más fuerte porque yo tuve que trabajar mucho.

—Para que luego digan que el trabajo es salud… Demonios, tienes el cabello blanco y tus hombros están hundidos… Mírame a mí. Parezco un hombre en la flor de la vida. Y, ¿por qué estoy así, David…? Yo te lo diré, muchacho. Porque no di golpe.

—Gregory, ya habéis estado demasiado tiempo en mi casa. Ahora debéis marcharos.

—Eres un tipo que se aferra demasiado a sus ideas. Ya te he dicho que estaremos aquí todo el tiempo que yo quiera. Y hablando de la chica, será mejor que le vayas preparando la maleta.

—No, Gregory.

—¿Qué mejor yerno quieres para ella que tu amigo Gregory Upton? Voy a tener mucho dinero… Muchísimo, David… Eso debe alegrarte. A tu hija no le faltará nada… Le compraré muchos vestidos, joyas. Pienso instalarme en San Francisco. Estableceré algún negocio. Dicen que la importación de chinos rinde mucho… El precio por docena sube cada día… Es la mejor mano de obra porque con un puñado de arroz están listos… Bueno, quizá, también me dedique a las chinitas —lanzó una carcajada—. Gracioso, ¿verdad?

Pero David no se reía.

Se puso en pie y se dirigió hacia el armario que había contra la pared. Abrió un cajón e introdujo la mano en el interior.

—Quieto, David —dijo la voz de Gregory Upton.

David lo vio por el espejo. Gregory lo estaba apuntando con un revólver que apoyaba sobre la mesa.

—Anda, David, saca ese arma y te meto una píldora.

David dejó el revólver y sacó la mano vacía.

Gregory se puso en pie y, al llegar junto a David, se apoderó del «Colt» que estaba en el cajón.

—Que sea la última vez que lo intentas, David. A la próxima, juro que te levanto la tapa de los sesos… Eso sería muy doloroso para mí… Demonios, no me gustaría nada matar a mi suegro… No lo olvides, David, o nunca pasarás por la alegría de saber que tu hija es una muchacha muy dichosa.

—Contigo nunca lo podrá ser.

—¿Por qué los hombres honrados son tan quisquillosos…? Infiernos David, cuando eras como yo, daba gusto hablar contigo. Sabías hasta contar chistes… Siempre lo he dicho, los tipos que están dentro de la ley son los más aburridos.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Uno de los hombres contratados por Gregory, Marty Post, salió de la habitación donde se encontraba el prisionero.

—¿Abro, señor Upton?

—Sí. Deben ser los caballeros que estoy esperando.

Marty se dirigió al vestíbulo y al poco se oyó el ruido de la puerta.

Marty reapareció diciendo:

—Son dos fulanos, un tal señor Morgan y un barril llamado Wooler.

—Marty, te voy a poner las narices en el cogote —repuso Gregory—. No son dos fulanos, sino dos caballeros, justamente los tipos que vienen a comprar a nuestro sabio. Diles que pasen.

Marty se marchó otra vez, y poco después, entró en la estancia seguido por dos hombres enlevitados. Uno era alto, de rostro bien parecido, cabello entrecano y debía ser Morgan porque el otro había sido descrito bien por Marty, ya que era bajito, con un grueso abdomen.

—Soy Ralph Morgan —dijo el alto.

—Y yo Jub Wooler —dijo el ventrudo.

Gregory Upton había enfundado el revólver y salió al encuentro de sus dos visitantes. Cambiaron un apretón.

—Bien venidos, caballeros.

—¿Es verdad que tiene a Cranston, Upton? —preguntó Morgan.

—Desde luego. Enterito y en su jugo. ¿Traen ustedes la plata?

—Sí.

—¿Veinticinco mil dólares?

—Exactamente.

—Muy bien. Quiero ver su color y el espesor. Ya ve, me salió en verso.

—Antes debemos cerciorarnos —replicó Jub.

—¿De qué?

—Perdone, señor Upton, pero en ciertos casos se acostumbra a dar gato por liebre —se echó a reír—. Espero que lo comprenda…

—¿Creen que no tengo a Cranston?

—No dudamos de su palabra, pero hemos de confirmarlo.

—¿Ustedes conocen a Cranston?

—No.

—Ah, ya comprendo, tienen una fotografía.

—No existe fotografía.

—Entonces, ¿cómo van a hacer la comprobación, caballeros?

—Será la mar de sencillo. El señor Cranston nos hará una prueba con su explosivo. —Oigan, esto no es un laboratorio.

—El señor Cranston no necesita un laboratorio para hacer su mezcla. Nos consta eso. Y le advierto, señor Upton, que está poniendo demasiadas dificultades, lo cual nos empieza a oler mal.

Upton sonrió mientras se frotaba las manos.

—Conque no lo creen, ¿eh…? Bueno, yo acabaré con su escepticismo, caballeros. El señor Cranston hará una prueba de su habilidad en obsequio de ustedes.

—Muchas gracias, señor Upton.

—Síganme, por favor. Tú también, David y trae a tu hija.

Joe Brocco estaba tendido en un sofá mirando al techo, cuando Upton y las demás personas que le seguían entraron en la estancia.

Nick Dudley se limpiaba las uñas junto a la ventana.

—Cranston —llamó Upton.

Joe Brocco continuó en la misma actitud mirando al techo, porque se había olvidado que se dirigían a él.

—Cranston, levántese.

Marty se llegó junto a Brocco y lo atrapó del pescuezo.

—¡Socorro, que me ahogan! —gritó Joe.

Marty enderezó al viejo con un solo tirón.

—¿No les da vergüenza tratarme así a mi edad…?

—Cranston —dijo Gregory Upton—. Tiene dos visitantes de fama, dos tipos que están dispuestos a llenarle de dinero, dos filántropos que no duermen día y noche pensando de qué forma favorecer a la humanidad doliente.

Joe Brocco miró en su derredor. Vio a los dos hombres enlevitados.

—¿Por qué avisaron a la funeraria…? ¡Yo no quiero morirme…! ¡Que se lleven otra vez el ataúd!

Upton forzó una sonrisa.

—Cranston, no son empleados de las pompas fúnebres… El caballero alto es Ralph Morgan y el que lo acompaña Jub Wooler… Quieren que les haga una prueba con su explosivo.

—Mi explosivo, ¿eh…? Llegan en mala hora. Tendrán que esperar al lunes.

—¿Por qué?

—Los sábados no trabajo.

—Hoy es jueves.

—Infiernos, cómo corre la semana.

—Cranston, será mejor que empiece a hacer su prueba.

—No tengo lo necesario.

—Claro que lo tiene. Aquí tiene probetas, matraces y también compramos los ingredientes que usted tenía en Send City… Debo advertirle que pensé en todo porque supuse que llegaríamos a esta situación.

—Lo siento, pero no puedo hacer la prueba.

—¿Cuál es la excusa ahora?

—Me corté mientras me afeitaba.

—Usted no se afeita desde hace cinco años —dijo Upton y sacó el revólver.

—Eh, cuidado, señor Upton… Se le puede disparar…

—Bastará con que apriete el gatillo y es lo que voy a hacer, si ahora mismo no se pone a la faena.

Sobre una mesa había probetas y matraces, algunos de los cuales se comunicaban entre sí por finos tubos de vidrio. En la misma mesa descansaban tarros que contenían polvos de distintos colores.

—Está bien —dijo Joe bailoteando nervioso—. Ahora mismo empiezo.

Upton sonrió a Morgan y Wooler.

—Al señor Cranston le gusta hacerse desear… Es la inmodestia del sabio…

Joe se acercó a la mesa pegando saltitos y se frotó las manos.

—Hay que ver cuántas cosas… —de pronto se volvió—. No lo puedo hacer.

—¿Por qué? —rezongó Upton—. ¿Le falta algo, Cranston?

—Sí señor, me falta.

—¿El qué?

—El perejil y el ajo.

—¿Qué infiernos está diciendo?

—Los necesito con urgencia. Son los ingredientes básicos de mi explosivo.

El gordito Wooler rió.

—Siempre dije que el ajo no había sido suficientemente explotado —rió su propio chiste como un conejo, pero se calló como un muerto cuando el alto Morgan le dirigió una fría mirada de soslayo.

Upton mantenía los dientes apretados.

—Edna, trae lo que te pide el abuelo. Perejil y ajo. Todo el que tengas en casa.

Joe se volvió otra vez hacia la mesa y se puso a volcar parte del contenido de los tarros sobre una probeta. Agregó medio litro de alcohol, tomó una varilla y empezó a removerlo todo.

—Abracadabra… Abracadabra… Polvos de la casa embrujada. El unicornio de un solo pelo… Tu mortaja será un velo teñido de sangre…

Joe agregó otros polvos que no conocía y de pronto se produjo una ebullición. Atrapó la probeta y se volvió.

—¿Alguien quiere un trago…?

Vio la cara feroz que ponía Upton, volvió a colocar la probeta en su sitio y siguió moviendo el contenido con la varilla.

Edna entró en la estancia con el perejil y el ajo.

—Edna —dijo Joe—, continúe haciendo la ensalada mientras yo tomo un baño.

Fue a retirarse, pero Marty se interpuso en su camino clavándole el cañón de la pistola en la boca del estómago.

—A trabajar, sabio —dijo el forajido.

Joe tomó un almirez, metió la cabeza de ajos y el perejil y se puso a machacarlos con el mazo.

Finalmente, cuando hubo hecho una masa pastosa se preparó para volcarlo sobre la probeta.

—Atención…

—Eh, espere un momento —dijo Morgan—. ¿No puede explotar eso…?

Joe se rió.

—¿Explotar…? En absoluto. Estoy haciendo el experimento de seguridad.

Joe volcó la nueva mezcla en la probeta mientras canturreaba por lo bajo para disimular su nerviosismo.

Luego volvió a remover el mejunje con la varilla.

—Bueno, ya está listo —se volvió triunfante—. Úsese como cataplasma, para curar el lumbago, dolor de cabeza, extirpación de callosidades, purgante y como regalo de cumpleaños a la suegra.

—¡Maldita sea! —gritó Upton—. Me está sacando de casillas, Cranston. Una palabra graciosa más y me lo cargo. Termine de una vez ese condenado experimento.

Joe se dijo que no podía continuar la comedia. Tenía la conciencia tranquila. Había hecho lo que pudo por Cranston. Ahora había llegado el momento de confesar su verdadera personalidad, de hacerles comprender la confusión que habían sufrido al secuestrarlo.

—Caballeros, debo decirles algo importante.

—¿El qué? —preguntaron a una Morgan y Wooler.

—Yo no soy yo.

—¿Cómo?

—Soy el que no soy…

—Infiernos, Morgan —exclamó Wooler—. Ahora le da por la filosofía.

—No, amigos —dijo Joe—. Estoy tratando de decirles que no soy Cranston. Mi verdadero nombre es Joe Brocco y sólo soy un pobre abuelo que no se la puede ganar.

—Le apuesto a que se la gana, Cranston —dijo Upton. —Usted no me cree, ¿verdad, Upton…? Piensa que los engaño… Pues sépalo bien. Les he tomado el pelo. Y le voy a dar una prueba de lo que digo… ¿Ve esto que está aquí dentro…? Es una mezcla inofensiva… No sirve absolutamente para nada… Ustedes han creído que era un explosivo… No, amigos míos… No lo es. Y ahí va eso para demostrarlo.

Sacó la varilla del líquido y la sacudió contra el suelo.

De pronto, se produjo una terrible explosión.

Capítulo XI

UNA enorme nube de humo impidió que se viesen unos a otros.

—¡Socorro…! —gritó alguien.

Se oyeron gemidos, lamentos, maldiciones.

Poco a poco, la nube se fue disipando.

Los caballeros Morgan y Jub Wooler parecían dos deshollinadores. Sus levitas estaban destrozadas y grandes manchas negruzcas les cubrían la cara. Sus sombreros estaban aplastados, con la tapa de arriba levantada, y por el hueco escapaba humo como si hirviesen los sesos.

Gregory Upton estaba por el suelo.

—¡Mi dentadura…! Mi dentadura postiza… ¿Dónde fue a parar…?

—Está clavada en el techo, jefe —dijo Marty Post, que estaba despatarrado y sin pantalones.

Nick Dudley se columpiaba en la lámpara.

David Cummings, el dueño de la casa, se había quedado muy feo porque todo su cabello se había chamuscado convirtiéndosele en rizos.

Su hija Edna estaba más mona. Su vestido había quedado hecho jirones y mostraba mucha piel.

—¡El sabio! —gritó Nick Dudley tratando de cubrirse el ombligo.

—¡Dios mío! —exclamó Morgan—. ¡La explosión lo convirtió en humo!

—¿Qué infiernos? —gritó Upton señalando la ventana abierta—. Ese bastardo escapó por el hueco aprovechando nuestro desconcierto… ¡Hay que volver a atraparlo, muchachos! ¡Vamos, aprisa…!

* * *

Joe Brocco corría como una liebre.

—¡Espere, Cranston! —gritó una voz a su espalda.

Creyó que se moría.

Frenó un poco por la impresión, pero luego, el mismo pánico, le hizo aumentar la velocidad.

Entró como una exhalación por la primera puerta que encontró.

Era un establo y estaba a oscuras. Tropezó contra una columna de madera. Vio estrellas alrededor de su cabeza y se desplomó.

Pero no llegó a perder el conocimiento.

Alguien entró por el mismo hueco que él.

—No tiene que huir de mí, Cranston.

Joe Brocco sacudió la cabeza varias veces y, al fin, pudo ver la cara del hombre que estaba inclinado sobre él. Era joven, moreno, de facciones simpáticas.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Jess Milland. Ya no tiene que preocuparse. Cranston… Soy su amigo… Hice investigaciones por el pueblo y me enteré de que dos tipos que respondían a la descripción de Nick Dudley y Marty Post habían llegado con un forastero. Luego me costó menos trabajo informarme de que los tres hombres habían ido a parar a casa de David Cummings. Cuando me dirigí allí para sacarlo del apuro, oí una explosión.

—Señor Milland, le voy a dar una noticia que le va a alegrar muy poco.

—¿Le robaron la fórmula?

—No. Es mucho peor —Joe Broceo hizo una pausa—. Yo no soy Cranston.

Jess sonrió.

—Está aturdido. Primero la explosión y luego el golpe.

—Le diré mi verdadero nombre…

—No hace falta, señor Cranston… No lo voy a creer aunque me diga que es Emma *la Dulce*.

—Le juro que no soy Cranston.

Jess le dio un par de palmadas en la espalda.

—Tengo que darle una buena noticia, Cranston… No me interrumpa. El Departamento de Guerra ha aceptado su fórmula. He sido comisionado por un alto personaje del

Gobierno para encontrarlo. Están dispuestos a tratar con usted.

—Santo cielo, qué alegría… Soy un viejo feliz… Ya puedo morirme.

—No, no se muera —le sonrió Milland—. Ahora empieza la verdadera vida para usted… Se acabaron los sacrificios… No sólo tendrá dinero, sino fama.

Joe Broceo atrapó a Jess por las solapas.

—¿No me engaña, Milland…? ¿Todo lo que dice es cierto?

—Absolutamente, usted será rico.

De pronto le llegó una voz por el hueco.

—Nosotros también.

Jess movió la mano hacia el revólver, pero la misma voz dijo:

—Desenfunde y lo asamos un poco antes.

Joe Brocco lanzó un grito.

—¡Son ellos! ¡Mis secuestradores!

Jess volvió la cabeza y vio a los tres hombres. Se cubrían con trajes astrados y tenían la cara tiznada, como si acabasen de escapar de un incendio.

Gregory Upton sonrió mostrando las encías sin su dentadura postiza.

—Eres un estúpido, Cranston. ¿Creíste que podrías escapar de nosotros?

Sus secuaces Marty Post y Nick Dudley tenían también el dedo en el gatillo.

Jess se puso de pie con las manos apartadas del cuerpo.

—Muchachos, los hombres se entienden hablando…

Upton rió y se le escapó mucho aire por la boca.

—Chicos, aquí tenemos otro tipo vivo…

—¿Cuánto quiere por Cranston, Upton?

—De modo que me conoce.

—Seguro. Y sé que es un tipo al que le gustan los buenos negocios.

—Llegó tarde, compañero. Cranston ya salió a la venta. Justo me dispongo a empaquetarlo y servirlo con un lacito azul.

—¿Cuánto va a cobrar?

—Veinticinco mil dólares.

—Doy un dólar más.

—Premio a la gracia con diploma, consistente en un tatuaje en la piel con seis agujeros… Allá va.

Jess se arrojó al suelo.

El establo se convirtió en un infierno.

Joe Brocco rodó taponándose los oídos para no escuchar el silbido de las balas.

Quedó de bruces, boca abajo.

Tuvo la sensación de que ya reinaba el silencio.

Se quitó los dedos de las orejas y cercioróse de que, efectivamente, ya había pasado todo.

Otra vez era prisionero de Gregory Upton y sus dos muchachos.

Gregory Upton estaba sentado en el suelo, apoyada la espalda en la pared, los ojos muy fijos. Entre éstos le había aparecido un agujero del que le había manado un hilillo de sangre que le resbalaba por la nariz.

Nick había quedado boca arriba, exhibiendo una fea herida en el estómago.

Marty Post había ido a parar a un pesebre introduciendo la cabeza en el pienso. Pero no podía comer. De su pecho goteaba sangre que le caía sobre las manos, cuyos dorsos apoyaba en el suelo, y por la laxitud de todo su cuerpo se adivinaba que era un cadáver.

De repente, Joe oyó un suspiro a su izquierda y, al mirar allí, vio a Milland que se levantaba. Tenía ya el revólver en la funda.

—¿Usted…? ¿Usted hizo todo eso solo, señor Milland…?

—Me dieron muchas ventajas.

—¿Eh?

—Los tres dispararon por la derecha cuando salté hacia ese lado, pero luego me volví y ninguno de ellos me siguió. Habría resultado mucho más peligroso si hubiese tirado uno solo… Es lo que les pasa a los pistoleros cuando trabajan en pandilla. Se confían mucho… Y ahora salgamos de aquí antes de que llegue el *sheriff*.

Atrapó a Joe y los dos echaron a correr.

Un hombre gritó desde una ventana.

—¡Ahí van…! ¡A ésos…! ¡Asesinos…!

Jess llevó la mano al revólver y la ventana se cerró inmediatamente con un fuerte golpe.

Al cabo de unos minutos de carrera, Joe se detuvo.

—No puedo más, Milland. Corra usted solo.

—Ya estamos a salvo. Si alguien nos pregunta por lo ocurrido, nosotros no sabemos nada.

—Oiga, Milland, por su madre, créame…

—¿Otra vez va a seguir con lo mismo?

—Déjeme que le cuente una historia. Y después de escucharme, si usted cree que yo sigo siendo Cranston, es que necesita una camisa de fuerza.

—Adelante.

Joe hizo un relato de lo que había pasado en los laboratorios de la Compañía Hullera de

Send City. Cuando hubo terminado, encogió los hombros y agregó:

—Bueno, Milland. Ahí lo tiene todo. Quise sacrificarme por Cranston, pero ahora no tengo por qué hacerlo, puesto que estoy a salvo de los secuestradores.

—Le creo, Joe.

—Repita eso —exclamó el abuelo entusiasmado—. Ya casi había llegado a olvidar mi nombre…

—El problema de Cranston es más complicado de lo que yo había supuesto.

—Oh, no, es la mar de sencillo. Sólo tenemos que ir a Send City y hablar con Cranston en la Compañía Hullera… Menuda alegría se va a llevar cuando usted le diga que el Gobierno al fin va a recompensar sus esfuerzos.

—No, Joe. Cranston no está en Send City,

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando usted fue secuestrado desapareció otro hombre,

—Cranston.

—Los desaparecidos eran Rufus Stone y Joe Broceo. Naturalmente, esto me confundió. Pensé que Joe Broceo estaba de acuerdo con los secuestradores. Pero ahora las cosas están claras. Joe Broceo es usted y Rufus Stone era el nombre supuesto que utilizaba Warner.

—¿Qué le habrá pasado al pobre Cranston…?

—Hay mucha gente detrás de él, pero tengo la esperanza de que hasta ahora nadie le haya puesto la mano encima.

—¿Quiere decir que huyó de Send City?

—Es posible que Cranston se informase por algún medio de que le iban a meter mano y puso pies en polvorosa. Eso es lo que dio lugar a la confusión que sufrieron los hombres de Upton.

—¿Adónde habrá ido Cranston?

—No lo sé, Broceo… No lo sé —contestó Jess pensativamente.

* * *

Warner Cranston se había adormilado en la paja con el traqueteo del carro.

Había trepado a él en una curva del camino, sin que el hombre que iba en el pescante se diese cuenta.

Cuando despertó ya había caído la noche.

Vio unas luces cercanas. Era un pueblo. Ignoraba su nombre, pero eso era lo que menos importaba. Había escapado al peligro.

Pero no tenía un dólar en el bolsillo.

Su estómago le hacía ruido. Necesitaba comer. Luego seguiría el camino a California. Eso sería lo mejor.

Le habían dicho que California era un lugar en donde a nadie se le preguntaba quién era ni de dónde procedía.

El carro cargado de paja enfiló a la calle Mayor.

Cranston se deslizó al suelo.

Miró a su alrededor por si alguien lo había observado mientras descendía del vehículo. Pero nadie había reparado en él.

A sus oídos llegaron las risas que escapaban por la puerta de un *saloon*, y el vocerío de los hombres.

Un viejo estaba encendiendo su pipa en un porche.

—Oiga, amigo —le habló Cranston—. ¿Qué pueblo es éste?

El viejo lo miró como si fuera un loco.

—¿No sabe en qué lugar se encuentra, amigo?

—Se me olvidó. Soy muy desmemoriado.

—Está usted en Ghost City.

—Muchas gracias. ¿Sabe de alguien que pudiese emplearme?

Su informante lo observó atentamente.

—Usted no es ningún mozo, ya tiene sus años.

—Sí, señor, pero todavía puedo partir leña y sé cocinar algo.

—Me temo que nadie lo podrá emplear, amigo. Aquí sobran hombres. Pruebe en Glensville. Es el próximo pueblo y está sólo a siete millas.

Cranston le dio nuevamente las gracias y siguió su camino por la acera.

Estuvo a punto de ser atropellado cuando las puertas de un *saloon* se abrieron dando paso a tres hombres, el del medio sostenido por otros dos, enormes como torres.

Los tres tipos se detuvieron y uno de los grandotes atrapó al del medio por las solapas.

—No vuelvas por aquí, Rex. Nos quedaremos sin pianista por unos días, pero valdrá la pena. Tiene diez minutos para abandonar el pueblo.

Dicho esto, los dos hombres arrojaron al tipo al aire.

El pianista trató de volar moviendo rápidamente los brazos, pero no lo consiguió y dio varias vueltas en el suelo antes de quedar quieto.

Los dos grandullones se palmearon las manos y entraron en el local.

Warner Cranston vio al hombre que había ido a parar al suelo, el cual se levantaba ya rezongando y echaba a andar alejándose calle abajo.

Entonces Cranston empujó los batientes del Dixie *Saloon.*

El local estaba atestado de público.

Buscó a los dos grandullones con la mirada y los vio delante de una puerta, al fondo. Abrióse paso trabajosamente hacia ellos.

—Buenas noches, caballeros —los saludó.

Norman y el Mudo miraron a su espalda para ver a los caballeros a los que el viejo se dirigía. Pero sólo vieron la puerta que daba acceso al salón despacho de su patrona.

—Está borracho, ¿eh? —dijo Norman.

—No, amigo. No puedo estar borracho porque nunca pruebo el whisky. Sólo me llegué aquí porque me enteré de que se quedaron sin pianista y vine a ofrecerme.

—¿Usted es pianista?

—Sí, señor. Pueden hacerme una prueba si quieren.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso. Es cuenta de nuestra patrona, la señorita Dixie. Espere un momento.

Norman se metió en el *saloon*, pero regresó enseguida.

—Puede pasar, amigo. La señorita Dixie lo recibirá.

Cranston hizo una inclinación y se introdujo en la estancia.

Quedó perplejo al ver a la mujer que estaba de pie junto a la ventana, fumando un cigarro prendido en una larga boquilla. Era una

joven muy hermosa, de cabello rojizo.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Dixie.

Cranston carraspeó.

—Mingo Burble.

—Mingo —repitió Dixie—. No está mal para un pianista. ¿Qué clase de canciones interpreta?

—Mi músico predilecto es Beethoven.

—¿Beethoven…? Oh, sí, tengo entendido que tuvo mucho éxito en Chicago últimamente. A mí lo que más me gusta de él es «Siempre hay un nido para un muchacho en Chatanoga».

Cranston se quedó con la boca abierta.

—Sí, señorita Dixie… —acertó a decir al fin.

—¿Cuánto quiere ganar?

—No sé, lo que usted diga…

—Me gusta pagar bien a mis empleados, Mingo. Pero eso, a veces, no impide que sean unos ladrones. Perdimos a nuestro pianista esta misma noche y la razón fue que se atrevió a robarme durante dos semanas. Todas las noches limpiaba cuarenta o cincuenta dólares de la caja, pero al fin lo sorprendimos y lo pusimos en viaje.

—Oh, sí, justamente me crucé con él cuando iba disparado.

—Ganará cinco dólares diarios. Sólo tendrá que actuar de seis de la tarde a doce de la noche. Naturalmente, podrá concederse un descanso de vez en cuando. ¿Está conforme?

—Sí, señorita Dixie.

—Debo advertirle que al público del *saloon* le gustan las cosas ligeras, moviditas, ya me entiende. Además de lo de ese Beethoven puede usted tocar lo de Jimmy Collins. Tiene toda la colección de partituras en el piano. Los espectadores lo pasan bomba con «Ay niña, que lunar tienes ahí» y «Si quiere usted medirme, tómese antes un refresco».

—Sí, señorita Dixie. Tocaré el lunar y tomaré las medidas para que el público quede contento.

—Es usted muy ingenioso, Mingo. Da la impresión de ser un hombre poco corriente.

—¿Usted cree? —Cranston tosió nervioso—. Es un favor que usted me hace, señorita

Dixie. Soy el más modesto de los hombres.

—Bien venido a mí casa.

—Gracias, señorita Dixie.

—¿Podría usted empezar ahora mismo…? Ya que se ha presentado tan oportunamente, no quisiera que mis clientes se quedasen sin música.

—Desde luego. Empezaré ahora.

—Gracias, Mingo, tendré en cuenta ese gesto suyo.

—Siempre a su disposición, señorita Dixie.

Cranston hizo una reverencia y salió del despacho en compañía de Dixie.

—Norman, ya tenemos pianista —anunció la joven—. Su nombre es Mingo Burble. Que se le trate como a los demás. Un vaso de whisky cada media hora. Pero mezclado con agua. Ábrele paso hasta el piano.

—A la orden, señorita Dixie.

Norman atrapó por el camino a un tipo que estaba borracho y lo arrojó contra la pared. A un fulano que iba a iniciar una pelea le pegó un golpe en el cogote estrellándole la cara contra el filo de una mesa.

Por fin, llegaron ante el piano. Cranston ocupó el taburete, levantó la tapa y se preparó para su primera interpretación. Eligió al azar una partitura. Resultó ser la que llevaba por título «Todo lo tuyo es explosivo», y estuvo a punto de desmayarse.

Capítulo XII

EL viejo Joe Brocco y el joven Jess Milland se encontraban en el restaurante Hilton propiedad de una bella y hermosa rubia llamada Terry.

Joe había despachado cinco platos y Jess dos.

—Parece que en su encierro perdió el apetito —dijo Milland—, ¿eh, Joe?

—Desde luego, amigo. Siempre me ha pasado lo mismo con el miedo. Cuando lo siento, dejo de comer.

Jess le había comprado una camisa y unos pantalones nuevos.

Un mozo trajo dos tazas de café y Jess, después de poner azúcar al suyo, se quedó reflexivo.

—¿En qué piensas, muchacho? —le preguntó Joe.

—En Cranston. No me lo puedo apartar de la cabeza.

—A mí me pasa lo mismo.

—Por lo que me ha contado, usted lo apreciaba mucho.

—Tanto como a mi padre, Jess.

—Entonces, estaría dispuesto a hacer algo por él.

—¿Algo…? Yo haría el mayor sacrificio del mundo, si señor. Cranston fue un buen hombre para mí. Se comportó como nadie. Si se me presentase una nueva oportunidad de echarle una mano, lo haría sin vacilar.

—Está bien, Cranston. Beba ese café y vámonos.

Joe fue a llevarse la taza a los labios, pero de pronto se detuvo y miró a Jess sonriente.

—Eh, Jess, me ha vuelto a llamar Cranston. Por suerte estamos solos, pero no se le ocurra llamarme otra vez por ese nombre, no vaya a empezar de nuevo la juerga. Hay mucha gente que va detrás del sabio.

—Lo voy a entregar a una de las personas que van detrás de usted, Cranston.

El viejo agrandó los ojos.

—¿Es que no me reconoce…? ¿Ha perdido la memoria de pronto? Soy Joe Brocco. Diga que me está gastando una broma.

—Corriente, Joe.

Joe cerró los ojos mientras daba un suspiro.

—Menos mal. Infiernos. Ya había perdido el apetito.

—Es natural, después de haber despachado medio kilo de carne, cuatro huevos y otras menudencias. —Jess hizo una pausa—. Se lo voy a explicar Joe. En este pueblo hay una persona que quiere cazar a Cranston.

—Upton. Pero ya está muerto.

—No me refería a Upton, naturalmente. Se trata de una mujer, de una hermosa dama llamada Dixie. Yo logré llegar hasta ella y me contrató para que buscase a Cranston. Gracias a eso pude dar con la pista de usted porque ella había sido informada de que Nick y Marty lo habían traído aquí siguiendo las instrucciones de Upton.

—Muchacho, mi cabeza no rige como antes. Son los años. No entiendo una palabra. No sabemos dónde está Cranston. ¿Por qué infiernos he de ocupar ahora su lugar?

—Yo se lo explicaré, abuelo. En primer lugar, si Cranston ha sido atrapado nos informaremos enseguida. Dixie se carcajeará cuando yo le presente a usted haciéndolo pasar por el sabio. Si calla y acepta, significa que Cranston todavía está libre.

—Pero otra persona lo puede haber atrapado.

—Estoy seguro de que la comedia también serviría para aclarar las cosas. Lo he pensado mucho y es lo único que podemos hacer.

—No cuente conmigo, Jess.

—Acaba de decir que estaría dispuesto a hacer cualquier sacrificio por Cranston.

—Demonios, no me refería a hacerme pasar otra vez por él… ¿Qué pasará si me piden la fórmula de ese condenado explosivo? Yo lo ignoro. Si al menos recordase lo que metí en aquella probeta con el perejil y el ajo… Pero no tengo la más ligera idea.

—Yo estaré a su lado para sacarle del apuro.

—¿Me sacará también del apuro si me meten dos balas? Usted no podrá con todos a una.

—Creo que le he hecho una demostración en aquel establo.

Joe movió la cabeza, rezongando.

—Admito que es usted un tipo grande con el «Colt», pero, ¿qué pasaría si tiene un descuido? Usted no lo contaría y yo tampoco.

Jess permaneció callado unos instantes y por último dio un suspiro.

—Está bien, Joe. No puedo obligarlo. Al fin y al cabo, tiene usted razón. La vida es muy buena y se debe conservar lo más posible. Aunque Cranston es un hombre que lo trató con gran cariño, y además de eso inventó un explosivo que puede significar la seguridad para Estados Unidos de América, usted, con la edad que tiene, todavía puede vivir cuatro o cinco años más. Hace bien en querer disfrutarlos lo mejor que pueda, barriendo los *saloons* o limpiando las oficinas.

Joe se sumergió en un profundo silencio, pero, de vez en cuando, miraba por el rabillo del ojo a Milland.

—Jess —dijo de pronto el abuelo.

—No, no se sacrifique, Joe. Es cierto que millones de seres contraerán una deuda con usted por lo que podría hacer en su beneficio, pero eso no lo debe tener en cuenta a la hora de decidir. Lo importante es su integridad física. Olvide esa escena que ha pasado por su cabeza de ser convertido en héroe, llevado en hombros, recibido por el presidente en el Capitolio.

—¿Todo eso ocurriría…?

—Desfile de tropas, bailes en su honor… Las más hermosas mujeres pendientes de lo que usted dijese por su boca… Su nombre en la primera página de los diarios… En fin, tonterías comparado con lo que usted puede disfrutar sin necesidad de comprometerse. Ya lo dijo un tío mío, algo tacaño… Más vale ser gusano y arrastrarse por la tierra que hacer algo por el prójimo…

Joe inspiró profundamente y se puso en pie con las manos firmes.

—Estoy dispuesto. Quiero ser un héroe, Jess —dijo con voz exaltada.

* * *

Jess Milland se abrió paso por el gentío que llenaba el local de Dixie.

La mayoría de los espectadores coreaban una canción que el pianista interpretaba.

Dixie estaba a la puerta de su despacho.

—Ese pianista resultó muy bueno, Norman —dijo la joven al grandote.

Jess llegó ante ella.

—Dixie, ¿puedo hablar con usted?

—Desde luego.

Jess penetró tras Dixie, cerró la puerta y se dirigió hacia la bandeja donde estaba la botella de whisky.

—Eh, ¿qué va a hacer? —preguntó la pelirroja.

—Beber un trago.

—Ya le dije que ese whisky era mío.

—Imagino que bebe con sus visitantes en las grandes ocasiones —dijo Jess mientras escanciaba en dos vasos.

Se acercó a la joven y le alargó uno de ellos.

Tras una pausa, Jess dijo levantando su vaso.

—Brindo por Cranston y por usted, Dixie.

Los dos bebieron y Dixie entornó los ojos mirando a Milland.

—¿Qué es lo que se trae entre manos?

—A Cranston.

—¿Lo tiene…?

—¿Por qué le extraña…?

—Ha tenido muy poco tiempo para llegar hasta Cranston.

—Me llaman Jess, *el Rápido*.

—Creo que comprendo. Me dijeron que se había oído un fuerte tiroteo en uno de los extremos de la ciudad y adivino la clase de historia que me va a colocar.

—¿Cuál?

—Me va a decir que Cranston murió en esa refriega.

—No, Dixie. Cranston no murió. Yo me cargué a los hombres que le secuestraron.

—¿Dónde está el sabio?

—En cierto lugar.

La joven hizo una mueca de sorpresa.

—¿Por qué no lo trajo con usted?

Jess le dirigió una sonrisa y echó a andar hacia un sillón, donde se sentó cruzando las piernas,

—Le hice una pregunta, señor Milland —exclamó Dixie llena de furia.

—Quiero más dinero.

—No le daré un centavo más de los mil quinientos que le quedan por cobrar hasta que me haya traído a Cranston.

—No me ha entendido. El precio sufrió un alza.

—Acordamos que serían dos mil dólares.

Jess se miró las uñas de la mano derecha.

—Dixie, todo en esta vida está sujeto a la ley de la oferta y de la demanda. Por añadidura, también cuenta el riesgo en los negocios. Faltó poco para que me liquidasen. Me tuve que enfrentar con tres tipos a la vez.

—Es usted un aprovechado.

—Si quiere a Cranston, me tendrá que dar dos mil quinientos.

—De modo que quiere cobrar tres mil dólares como precio total.

—Así es.

—¿Sabe lo que debería hacer con usted?

—No pondré ningún impedimento si agrega un beso.

—Cortarlo en rebanadas. Eso es lo que me gustaría hacer con usted.

—No se ponga nerviosa…

—Nadie me puso nerviosa hasta ahora. Tengo fama de ser una mujer que sabe controlarse perfectamente.

—Tengo presente que le llaman Bloquecito de Hielo.

—Lo de Bloquecito es suyo. El nombre por el que soy conocida es La

Mujer de Hielo. —Venga, siéntese aquí y acérquese mucho.

—Ni lo piense.

Jess levantó su vaso.

—Sólo quería que me enfriase un poco el whisky.

Los senos de la joven subieron y bajaron tumultuosamente.

—Estoy deseando perderlo de vista, señor Milland.

—Muy bien, preciosa. Sacuda los dos mil quinientos dólares que le restan por pagar, yo le entregaré a Cranston y no nos volveremos a ver.

—Voy a estar conforme en el precio.

—Magnífico.

—Pero no le daré el dinero hasta que me traiga a Cranston.

—Se lo traeré.

Jess apuró el contenido de su vaso y lo dejó en la bandeja, pero en el camino a la puerta se detuvo:

—No le hice todavía una pregunta, Dixie… ¿Qué va a hacer con Cranston?

—Ya le dije que no le daría explicaciones.

—Entonces no hay trato.

—Es usted insoportable, señor Milland.

—Responda a la pregunta.

La joven lo miró con ojos rabiosos.

—Lo entregaré a un hombre.

—Ya entiendo. Usted lo revenderá.

—Sí.

—¿A quién?

—No espere que se lo diga. Eso forma parte de las condiciones que me impusieron para que yo realizase el negocio.

Jess se apretó el puente de la nariz.

—Está bien, Dixie, voy por Cranston.

Ganó la salida del local y se encaminó al callejón cercano. Al llegar a la esquina, dio un silbido.

Joe Brocco salió del interior de un barril.

—¿Qué ocurrió, Jess?

—Ya lo vendí.

—Demonios, nunca pude imaginar que fuesen a traficar conmigo como si fuese una res.

—Dieron más por usted que por todo un rebaño.

—¿Cuánto?

—Tres mil dólares.

Broceo se tambaleó.

—Dios mío, no sabía que yo valiese tanto.

—Recuerde que es Cranston.

—Oh, sí, es verdad. Ya lo había olvidado.

—Y ahora recuerde lo que le enseñé, Joe. Ha de comportarse y hablar como un sabio. —Sí, Jess. No se preocupe.

Los dos hombres se pusieron en camino.

Poco después, entraban en el *saloon.*

La mayoría de los clientes estaban aplaudiendo hacia el fondo del local.

—¡Tres hurras para el pianista! —gritó alguien.

Jess y el abuelo entraron en el despacho de Dixie mientras a su espalda entonaban los tres hurras.

Joe Broceo se detuvo al ver a la joven.

—Eh, señor Milland, ¿qué significa esto? Usted dijo que me traía a un lugar donde me esperaba un hombre, mi colega el sabio Salomón. Y no me diga que se ha disfrazado de pelirroja estupenda.

—No, señor Cranston Lo que ve de esta mujer es auténtico.

—Que me lo demuestre.

Dixie cruzó los brazos y se fue acercando a Joe con movimientos felinos.

—De modo que es usted el famoso Cranston…

—No, señorita. Se equivoca. Yo no soy Cranston. Todo forma parte de una broma. El hombre que tiene usted delante es Barry Culebra —se golpeó el pecho.

—¿De veras…? Imagino que, si lo llaman así, es porque es encantador de serpientes. —Cazador.

—¿Cómo las caza?

—Con explosivo.

—Ya entiendo, hace volar las montañas para atrapar las serpientes.

—No, señorita. Atrapo a las serpientes y les meto el explosivo en la boca. Cuando están borrachas, las dejo en el saco.

Dixie sonrió astutamente.

—Como todos los sabios, es usted distraído, Cranston. Se traicionó…

—Yo no he dicho nada de la dinamita, compuesto de nitroglicerina y una sustancia porosa e inerte que le da estabilidad… No entiendo nada de explosivos…

—Usted podrá ser un gran inventor, pero es muy malo como comediante, señor Cranston.

—He sido engañado, vendido y traicionado. No tienen derecho a hacer eso conmigo. Soy un hermano con cuerpo, alma y dos ojos.

—Tranquilícese, señor Cranston.

—No puedo estar tranquilo cuando no me dejan en paz… Yo debería estar en mi laboratorio arrancando los secretos de la madre Natura y no

perdiendo mi tiempo con gente vulgar y zafia que, para sumar dos y dos, tiene que utilizar los dedos.

—Señor Cranston, le ordeno que se siente. Y me gustaría mucho que no diese lugar a que tuviese que emplear con usted ciertos procedimientos.

—Ahora mismo me siento —dijo Joe, y se dejó caer en un sillón.

Dixie se dirigió hasta la mesa y otra vez sacó el cofre.

—Aquí tiene su dinero, señor Milland, los dos mil quinientos dólares que restan.

Jess echó una mirada a los dos fajos de billetes y carraspeó.

—Dixie, estaba pensando en quedarme.

—Ya terminó su trabajo.

—Si, lo sé, pero no me negará que he sido un muchacho eficiente.

—Yo agregaría que ha sido algo más.

—¿El qué?

—Un vivales.

—Oh, sí, lo dice porque subí el precio cuando tuve a Cranston, pero el negocio es el negocio. Usted debe tener alguna cosita para mí. Soy un hombre en el que puede confiar. —Ya le dije que tengo las plazas cubiertas.

—Bueno, siempre puede haber un hueco. Además, le interesa conservarme hasta que haya rematado el negocio de Cranston. Ya sabe, hay mucha gente que va detrás de él…

La joven se mordió el labio inferior pensativamente, sin dejar de mirar la cara de Jess, el cual le sonreía con simpatía.

—¿Cuánto quiere ganar?

Jess rumió por lo bajo mientras se rascaba la mejilla.

—¿Le parece bien quince dólares diarios?

—¿Quién se cree que es?

—Un buen *gun-man*. Y le advierto que le he dado un precio de antiguo cliente. Acostumbro a alquilarme por veinte dólares diarios, más los gastos.

—Está bien, Jess. Acepto.

—¿Por dónde quiere que empiece? —inquirió él mirándola de pies a cabeza.

—Mi primera orden es que deje de decir frases con segunda intención.

—¿Qué dice, jefe,..? Yo nunca hago eso. Voy a las cosas derecho, y a usted le di una prueba de ello durante nuestra primera entrevista.

—No me lo recuerde.

—Como usted quiera, dulzura,

—Soy Dixie, de modo que también debe olvidarse de los demás

tratamientos. Lo de nena, dulzura, cielo, tesoro, bombón y demás tonterías, lo reserva usted para las chicas que están fuera…

—Siga con las instrucciones.

—Desayuno a las ocho y en la cama.

—Allí me tendrá a esa hora.

—Quiero decir que a las ocho ha de estar en la antesala de mi dormitorio. Allí recibirá órdenes, una vez haya desayunado.

—Sí, jefe.

—Ahora quédese aquí vigilando.

—¿Es que se va?

—Sí.

—¿Adónde?

—A usted no le importa. Recuerde que es un empleado mío y que, como tal, no debe hacer preguntas.

—De acuerdo, Dixie. Boca cerrada.

La joven se dirigió hacia una puerta que había al fondo pero, antes de salir, dirigió una mirada al viejo y al joven.

Luego, siguió por un corredor que le condujo a una habitación.

Un hombre que estaba sentado en un sillón, junto a la ventana, volvió la cabeza.

Dixie le sonrió diciendo:

—Hola, comandante Groffes.

Capítulo XIII

EL comandante Groffes hizo una mueca mientras golpeaba el puño contra la mesa. —Todo está saliendo mal en este asunto, Dixie.

—¿A qué se refiere, comandante?

—Uno de mis agentes me comunicó hace un rato que en un establo de esta ciudad han sido encontrados muertos Upton y los dos pillastres que secuestraron a Cranston.

—¿Y Cranston?

—No ha sido hallado.

—Qué pena para usted, ¿verdad? Haber estado tan cerca de él y no haberle podido echar mano.

—Lo peor de todo es que el tiempo está contra mí. Cada vez hay más gente deseosa de atrapar a Cranston para hacer negocio con él.

—¿Cuánto dinero estaría dispuesto a pagar por Cranston, comandante?

Groffes enarcó las cejas.

—¿Qué quiere decir con eso, Dixie?

—Le he hecho una pregunta, comandante.

Groffes soltó un bufido.

—No me diga que lo tiene usted, Dixie.

—Estoy esperando, comandante.

—Muy bien. Pagaría hasta cinco mil dólares.

—El Departamento de Guerra compra muy barato.

—El Gobierno es pobre, Dixie, y los presupuestos son muy reducidos.

—Corriente, comandante. Le voy a aceptar los cinco mil dólares —la joven dio un suspiro—. Este será uno de mis peores negocios.

El comandante se levantó poco a poco de la silla.

—Dígame que no me miente, Dixie. Dígame que tiene a Cranston, que no está bromeando conmigo.

—Lo tengo, comandante.

—¿Dónde está?

—Muy cerca de usted.

—¿Intenta sugerir que está en esta misma casa?

—Sí, mi comandante. El sabio Warner Cranston está en estos momentos en el *saloon* Dixie.

El comandante se dejó caer en el sillón.

—Cielos, no puedo creer en mi buena suerte. ¿Cómo se valió para atraparlo, Dixie? —Disculpe, comandante, pero jamás doy información a ese respecto.

—Bueno, eso es lo que menos importa. ¿Puedo ver a Cranston?

—Desde luego, en cuanto firme el cheque de los cinco mil dólares.

—Lo haré al momento, Dixie.

El comandante sacó un talonario, atrapó una pluma, que mojó en el tintero, y rellenó el cheque.

La joven recibió el papelito y, después de echarle una ojeada, lo dobló, introduciéndolo en el escote.

—Espere aquí, comandante. Enseguida vuelvo con Cranston.

La joven desandó el camino y regresó al despacho donde se encontraban el joven y el viejo.

—Síganme.

Jess hizo una señal a Broceo y los dos fueron con la joven.

Dixie, al llegar ante la puerta, tras la que se encontraba el comandante, dijo:

—Usted se queda aquí, Jess.

—Como usted quiera, jefe.

—Eh —dijo Brocco—. No quiero entrar ahí con usted, señorita.

—¿Por qué no?

—No me sacarán el explosivo de la boca aunque me den tormento.

—Nadie piensa atormentarlo, señor Cranston —dijo la joven—. Entre.

Joe miró a Jess, el cual le dirigió una mirada tranquilizadora.

Joe se decidió a entrar y la joven lo hizo a continuación, quedando Jess en el corredor.

El comandante Groffes se puso en pie y quedóse mirando con ojos entrecerrados al abuelo.

—¿Es este Cranston?

—En carne y hueso —contestó Dixie.

—No comprendo…

—¿Qué es lo que no comprende?

—Según mis informes, Cranston no debería ser tan feo.

—Eh, amigo —protestó Joe—. Antes de decir eso debía mirarse al espejo, pero tenga a mano el frasco de sales para no desmayarse del susto.

—Desnúdese, Cranston.

—¿Eh? ¿Qué dice? Aquí hay una dama.

—Bueno, no me expliqué bien. Sólo tiene que quitarse la camisa y enseñarme la espalda.

—No haré tal cosa.

El comandante sacó el revólver.

—He dicho que se quite la camisa, señor Cranston.

—Si me lo pide con tanta educación, me la quitaré.

Joe se despojó de la camisa.

—Vuélvase de espaldas —dijo Groffes.

Joe obedeció.

Los ojos del comandante Groffes se agrandaron y luego en su boca apareció una expresión de sarcasmo.

—Lo suponía. No lo tiene.

—Eh, amigo —protestó Joe—. Tengo una espalda como todo el mundo.

—Pero le falta el lunar en la paletilla izquierda. Usted no es Cranston. Dixie, la han engañado como a una china.

Joe bailoteó.

—Eh, ustedes, no pueden decir eso. Tengo que darles una noticia. Me borré el lunar.

—¿Con qué?

—Con mi explosivo. Me puse una gota y el lunar se fue al infierno.

—No diga estupideces —repuso Groffes—. Si usted se hubiese puesto una gota de su explosivo, habríamos tenido que ir a buscar sus restos en la India. Y es justo lo que va a ocurrir ahora, porque le voy a pegar un balazo.

—No se moleste, compañero. Me voy a la India por mi propio pie. Hasta la vista —Joe fue a dirigirse hacia la puerta.

—¡Quédese quieto! —gritó el comandante Groffes.

Las narices de Dixie vibraban mientras sus ojos despedían chispas.

—¿Está usted seguro de lo que dice, comandante?

—Sí, Dixie. Se la pegaron. Este no es Cranston. ¿Es que no lo ve? Sólo se trata de un pobre diablo.

—Ya entiendo, ese vivales quiso hacer negocio conmigo.

—¿De qué vivales habla, Dixie?

—Lo voy a convertir en picadillo. El muy caradura me sacó tres mil dólares y todavía tuvo la desfachatez de quedarse. Pero ahora me las va a pagar todas juntas.

La joven corrió hacia un armario, tiró de un cajón y sacó un revólver.

Luego puso la mano armada a su espalda y se dirigió hacia la puerta, la cual abrió. Dijo sonriendo hacia fuera:

—Pase, Jess. Ya es hora de que usted también disfrute de nuestro triunfo en común.

Jess hizo una reverencia.

—Es usted muy amable, jefe.

—No quiero que se pierda el acto de la entrega de Cranston.

—Y yo acepto muy gustoso.

Jess entró en el despacho y entonces Dixie cerró de golpe la puerta y exhibió la mano con el «Colt».

Joe no había dicho nada porque estaba aturdido.

Jess y el comandante Groffes quedaron inmóviles, como estatuas, al verse frente a frente.

Dixie hizo rechinar los dientes y dijo por detrás de Milland:

—Jess, quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho en este negocio. Arriesgó su piel por traerme a Cranston. Cobró tres mil dólares, pero merece más.

El comandante se atragantó.

—¿Es éste el hombre que le ha traído a Cranston, Dixie?

—Sí.

El militar empezó a ponerse rojo. Las venas de su cuello se hincharon.

—Milland, es usted el tipo más indeseable que he conocido en toda mi vida, y le aseguro que me he visto obligado a relacionarme con casi todos los políticos del país…

—Serénese, comandante, o le dará algo.

—Me sacó cinco mil dólares y ahora me entero que timó a la señorita Dixie tres mil.

En la bonita cara de Dixie se dibujaba la sorpresa

—¿Qué está diciendo, comandante Groffes? ¿Este hombre fue contratado por usted?

—Sí, Dixie. Y ahora me doy cuenta de que este desaprensivo ha querido pegárnosla a los dos. A usted le trajo un Cranston falso, y estoy seguro de que a mí me hubiese presentado otro de pega… Y hubiese seguido sacando Cranstons de la manga si hubiera encontrado tipos dispuestos a pagarle un precio a cambio del sabio.

—Demonios, comandante —sonrió Milland—. ¿Y sabe que no hubiese sido mal negocio?

—No sea cínico, Jess.

—Quiero aclararle una cosa, comandante —dijo Milland irritado—. No he pretendido hacer negocio.

La joven dio un salto y se puso delante de Jess apuntándole con el revólver al estómago.

—Me dio varias pruebas para acreditar su dura piel, señor Milland, pero lo que acaba de hacer es la gota que colma el vaso.

—Aquí ha habido un mal entendido, Dixie. Y se lo voy a explicar.

—No tiene que explicar nada. Todo ha quedado demasiado claro. Va a escupir ahora mismo los tres mil dólares.

—Deje de apuntarme con ese revólver.

—Lo haré cuando el comandante lo haya esposado.

—Eso lo voy a hacer con mucho gusto —dijo Groffes—. Y sepa lo que voy a hacer con usted, Jess, Lo someteré a un consejo de guerra.

—Usted no puede hacer eso conmigo, comandante. Recuerde que no soy militar.

—Pero quedó contratado como espía del Gobierno y, como tal, está sometido a la ley marcial.

—¿Por qué no dejan de decir tonterías los dos y me escuchan un momento? Cuando llegué al pueblo, entré en el *saloon* de Dixie en busca de una pista que me condujese a Upton. No me negará que todos estábamos convencidos de que Upton había logrado capturar a Cranston. En el *saloon* me informé de que Dixie tenía gran interés en hacerse con Cranston. Entonces decidí seguirle la corriente para que ella me pudiese dar detalles. Ahí empezó el lío. Fui a buscar a Cranston a la casa donde sus raptores lo habían conducido y, después de un poco de jaleo, me cargué a Upton y a sus dos secuaces. Pero surgió entonces la sorpresa. Aquellos hombres no habían secuestrado a Cranston, sino a Joe Brocco —señaló al abuelo—. A este hombre lo tomaron por Cranston. Otra vez se había volatilizado el sabio. Yo no tenía ninguna pista que seguir, pero se me ocurrió que podría obtener algo si seguía la comedia haciendo pasar a Joe por el inventor. Por eso lo traje aquí. Ignoraba que Dixie quería a Cranston para entregárselo a usted, comandante. Yo sólo pretendía saber si Dixie sabía algo más con respecto al hombre que le interesa al Gobierno.

Hizo una pausa y miró fijamente a los ojos de la joven.

—¿Cree que si yo fuese el hombre por quien me toma me habría quedado aquí después de cobrar los tres mil dólares contra entrega del falso Cranston?

En el rostro de Dixie se reflejó una gran duda. Pero reaccionó enseguida.

—Ya me está liando otra vez.

—No intento confundirla, Dixie.

—Usted es un hombre que se pone a hablar y hablar y es capaz de hacer ver a uno que es de noche cuando es de día.

—Dixie, le he dicho la pura verdad. Bueno, falta algo más…

—¿El qué?

—Usted también ha jugado un papel. Me gustó bastante. Y aunque hubiese encontrado al verdadero Cranston, me hubiese quedado para continuar estrechando relaciones.

Ella apretó los dientes.

—Ha elegido el peor momento para convencerme.

—Ya entiendo. No le gustan los requiebros. Es una mujer de hielo.

No admite que pueda ser halagada por un hombre.

—Sí, señor Milland.

Jess se dirigió al militar.

—Comandante Groffes, me dirijo a usted como a una persona con una inteligencia superior. A usted, un hombre tan astuto, tan perspicaz, no le puede pasar por alto que todos mis esfuerzos han estado encaminados a devolverle a Cranston.

Capítulo XIV

GROFFES se rascó una patilla mientras carraspeaba.

—Bueno, Dixie, creo que la historia que nos ha contado Milland reúne bastantes condiciones para que la consideremos como verosímil.

—Comandante, ¿cómo puede decir eso? ¿Es que no se da cuenta de su estratagema? Le ha llamado inteligente, astuto, perspicaz, y usted sabe que no es ninguna de esas cosas.

—¡Dixie…! ¡No está hablando con un tarugo! Soy un hombre bien considerado en el Departamento de Guerra. Durante el último año nos robaron tres importantes documentos del archivo, documentos secretos que se referían a la seguridad del país. Yo intervine en esos tres casos.

—¿Cuántos documentos devolvió al archivo?

Groffes bajó la mirada al suelo.

—Uno que fue enviado anónimamente por correo. ¡Pero acabamos con dos bandas de espionaje, entre ellas la que capitaneaba nuestro jefe!

Dixie miró otra vez a la cara de Jess.

—Sepa una cosa, señor Milland. Yo no le creo su fábula.

—Es asunto suyo, Dixie, pero lo siento por usted.

—¿Por mí…?

—Tenía la esperanza de que me conservase a su lado.

—Oh, eso sí que no. Queda despedido.

—Ya lo suponía. Si me hubiese quedado algún tiempo con usted, habría logrado convertirla en un ser humano.

La joven se enfureció más al oír aquellas palabras.

—Señor Milland, es usted el hombre más insoportable que he tenido el disgusto de conocer.

—Por favor, dejen de discutir —intervino Groffes—, ¿No se dan cuenta de que en estos momentos se está consumando la tragedia?

—¿Qué tragedia, comandante? —dijo al oír su voz Joe Brocco.

—¿Dónde está Cranston…? ¿Estará vivo o muerto…? Y si todavía respira, ¿en qué clase de mazmorra estará sumergido…? ¿A qué clase de tormento lo estarán sometiendo…? ¿El hierro candente? ¿El alambre de espinos…?

—¿El cuá-cuá del pato? —dijo Joe Brocco.

El comandante se volvió aturdido.

—¿Qué cuá-cuá?

—¿No lo conoce, comandante? Es un tormento que emplea cierta tribu indígena del Panamá. Lo atan a uno a un poste en un corral y luego meten allí patos. Millares, centenares de patos… Y día y noche, el desgraciado que está en el poste, está oyendo cuá-cuá, cuá-cuá…

El comandante enseñó unos dientes como si fuese a dar un mordisco.

—¡Cállese, maldita sea…! Aquí no hay patos.

—Bueno, quien dice patos…

—¡Silencio! —gritó el comandante Groffes, a punto de darle un ataque de apoplejía.

—No he dicho nada, mi general —balbuceó el abuelo.

Groffes se dejó caer una vez más en el sillón. Parecía un hombre acabado.

—Este es mi final —dijo con voz agonizante.

Jess dio un paso hacia él.

—Comandante, ¿no tiene usted otra pista?

—No. Todas las que tenía conducían a Ghost City, pero se trataba del falso Cranston. Mañana regresaré a Washington y presentaré mi dimisión. Soy un fracasado, sí. Un fracasado —hundió la barbilla en el pecho.

—Se me ocurre una idea —dijo Joe.

—¿Cuál? —preguntó el comandante.

—Si les parece bien, me llegaré al *saloon* y soltaré un pregón.

—¿Un pregón?

—Sí, diré que al que dé algún informe sobre Cranston, usted le entregará una bonita manada de billetes.

—¿Es que se ha vuelto loco…? Sería como nombrar la soga en la casa del ahorcado… Ya va demasiada gente detrás de Cranston para que usted, con su luminosa idea, lance contra él a otro centenar de tipos sin escrúpulos.

—Pero usted dijo antes que Cranston se encuentra ya en el hoyo o, que, en el peor de los casos, le estarán dando tormento.

—Si es así —repuso el comandante con voz lúgubre—, no tenemos nada que hacer. Todo se ha perdido. Todo.

—Comandante —dijo Dixie—. Creo que lo que usted necesita es levantar un poco más el ánimo. Vayamos todos al *saloon*. Nos sentaremos en mi palco. Mi mejor artista, Sonia Young, le entretendrá mucho y, de paso, beberá un vaso de mi whisky especial. —Preferiría morir en la cama.

—Oiga, comandante —dijo Joe Brocco—. Yo tengo un matarratas que…

El comandante lo silenció fulminándolo con la mirada y Joe

retrocedió diciendo:

—No he dicho nada, señor Groffes. No he dicho nada.

Groffes se dirigió hacia la puerta y Brocco fue tras de él.

Cuando la joven fue a salir, Jess la tomó del brazo.

—Espere, Dixie.

Ella alzó los ojos.

—¿Qué quiere ahora, enredador?

—Gracias por haberme creído.

—¿De dónde saca que lo he creído?

Él le sonrió.

—Usted se obstina en parecer lo que no es.

—¿Y qué es lo que soy?

—Una mujer.

—Qué gran descubrimiento. ¿Debo felicitarle por ello?

—Usted lo puede tomar a broma, Dixie, pero significa mucho para mí que sea como las demás.

Ella puso los dos brazos en jarras y ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Hay cosas que no se deben preguntar.

Jess la rodeó por la cintura y dio un tirón suave atrayéndola contra sí.

Sus bocas se juntaron.

Ella apartó la cabeza como las veces anteriores, pero con mucha menos rapidez.

—Le prohibí que me besase.

—Sí, eso es cierto —dijo él y la besó suavemente en la comisura de los labios.

—Se lo prohibí terminantemente —murmuró Dixie dejándose besar.

—Y tienes mucha razón —asintió Jess con los labios unidos a los de ella—. Un empleado nunca debe besar a su jefe, porque sería falta de respeto.

—Sí, Jess… Eres muy irrespetuoso…

Dixie le pasó los brazos por el cuello y apretó más su boca contra la de él.

Al cabo de un rato, Milland dijo:

—Tenemos que ir con el comandante y con Joe.

—Déjalos.

—Hemos de ayudar a Groffes. El pobre está desconsolado.

—Jess, me has enseñado muchas cosas, y una de ellas, es que no soy de hielo.

—Yo lo supe desde el primer momento.

—Oh, Jess, venderé mi negocio y nos casaremos. Compraremos una casa en un valle donde estemos solos.

—Nena, este negocio rinde. Podemos comprar la casa en un valle cercano. Hemos de pensar en el futuro de nuestros hijos.

—Nuestros hijos, Jess. Qué bien suena.

Echaron a andar lentamente mirándose a los ojos.

Dixie tropezó, pero no llegó a caer porque Jess la sujetaba.

Poco después entraron en el *saloon*.

El comandante Groffes y Joe habían tomado posesión del palco y estaban acompañados por el grandote Norman.

De repente, Joe se levantó de un salto.

Extendió el brazo apuntado con el dedo al centro de la sala. Sus ojos se estremecían. Los ojos se le habían agrandado.

Al fin, pudo emitir las palabras que pugnaban por salir de sus labios:

—¡Cranston…! ¡Warner Cranston…!

Dixie y Jess siguieron con la mirada la dirección que señalaba el dedo de Joe. Estaba apuntando a un lugar donde había no menos de seis mesas. En medio de ellas estaba el pianista desparramando sus dedos por el teclado.

Milland corrió hacia el palco.

—¿Cuál de ellos?

—¡El pianista! —rugió Joe.

Jess se volvió.

—Es imposible, Joe, ¿cómo va a ser Cranston el pianista?

Milland notó que alguien le tomaba por el brazo.

Al volverse vio junto a él a Dixie.

—Jess puede tener razón —dijo—. Encontré algo extraño en ese pianista. Vino aquí esta noche para que lo contratase. Me pareció un hombre poco corriente. Dijo llamarse Mingo.

—¡Es Cranston! —gritó Joe—. ¡Juro que es Cranston!

Milland caminó rápidamente, serpenteando por entre las mesas, y se detuvo ante el pianista.

—Hola, Cranston.

El hombre del piano alzó bruscamente la cara e inmovilizó las manos sobre las teclas. Forzó una sonrisa al ver al joven.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Cranston.

—Perdone, pero está equivocado. Mi nombre no es Cranston.

—¿Cuál es?

—Ringo.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Antes dijo Mingo.

—Caramba, me equivoqué en una letra.

Jess le sonrió.

—No tiene que preocuparse por nada, Cranston. Trabajo para el Gobierno. Puede considerarse a salvo.

En aquel momento le llegó una voz por la espalda.

—Somos cuatro tipos y tenemos el revólver en la mano, Milland. Nosotros no trabajamos para el Gobierno, pero somos los que nos vamos a llevar al supersabio.

Capítulo XV

JESS giró la cabeza y vio a los cuatro hombres. El más alto de ellos le sonreía y era indudablemente el que había hablado. Se cubría con un traje de buen paño, color gris. Sus cabellos eran rubios y los ojos azules.

Los tres fulanos vestían ropas llenas de polvo y de sudor.

—¿Quién es usted, rubio? —preguntó Jess.

—Al Focking, pero se trata de un nombre de pega.

—Lo suponía.

En el *saloon* se fue haciendo poco a poco un silencio al advertir la clientela lo que estaba ocurriendo junto al piano.

El hombre que había dicho llamarse Al Focking alzó la voz.

—Que cada cual permanezca en su puesto y no sufrirá daño. Debo advertirles que mis hombres tienen orden de disparar contra aquel que se cruce en nuestro camino.

Nadie se movió.

—Focking —dijo Jess—. ¿Qué va a hacer con Cranston?

—Entregarlo.

—¿A quién?

—A cierta persona con la que me comprometí y que me pagará por el sabio un buen puñado de dólares.

—No puede hacer eso, Focking. Cranston es una gloria nacional, un hombre que pertenece al pueblo de Estados Unidos. Si es usted patriota, no puede traicionar los intereses de nuestra comunidad, que deben ser los suyos.

—Bravo, Milland, como orador no lo hace mal del todo. Pero debió reservar el discurso para soltarlo el Día de la Independencia. Retírese del piano y deje paso libre a Cranston. ¿Lo oyó, sabio? Póngase en pie y venga con nosotros.

Cranston sacudió la cabeza.

—Tarde o temprano tenía que ocurrir —se puso en pie trabajosamente y fue a dar la vuelta al piano.

Jess saltó sobre el taburete que Cranston había dejado libre.

De esa forma interpuso el piano entre él y los cuatro forajidos.

Mientras viajaba por el aire, su mano derecha no estaba quieta. Corría en busca del revólver.

—¡Música, muchachos! —gritó Al Focking.

Los revólveres retumbaron.

Cuando Jess golpeó con la cadera en el taburete, su «Colt» se puso a vomitar plomo,

Los proyectiles arrancaron notas discordantes del piano.

La tapa saltó por los aires.

Las cuerdas crujían en una sinfonía infernal.

Jess continuó su viaje hacia el suelo desde el taburete y, aún allí, continuó apretando el gatillo hasta golpear en vacío.

El *saloon* se llenó de gritos, carreras.

Pero ya los revólveres habían dejado de tronar.

Cranston se tambaleó al ver los cuerpos inmóviles.

—¡Jess! —gritó Dixie.

Corrió desesperadamente hasta llegar al lado de Milland, ante el que se arrodilló.

—¡No, Jess! ¡No quiero que mueras! —gritó.

Milland abrió los ojos.

—Nena, ¿crees que iba a ser tan tonto de morirme ahora teniendo a la vista un negocio tan próspero?

—Grandísimo bergante —dijo ella.

Jess se levantó y la abrazó contra sí besándola en la boca.

—Jess, ¿sabes una cosa? —dijo ella cuando apartó su cara—. Siempre me dije que, si alguna vez me interesaba por un hombre, sería por alguien muy serio. Y, mira por dónde, ha ocurrido al revés. Me enamoré del mayor bromista del mundo.

El comandante Groffes llegó corriendo con el revólver en la mano.

—¡Más enemigos! —gritó Cranston.

—Descanse, Cranston —dijo Jess—. Este es el comandante Groffes, del Departamento de Guerra. Desde ahora, usted forma parte del botín del Gobierno.

El comandante Groffes saludó llevándose el revólver a la frente.

—Señor Cranston, será un alto honor para mí acompañarlo a Washington, donde será recibido por el propio presidente.

Cranston se quedó con la boca abierta.

—¿Ha dicho el presidente?

—Sí, señor.

—Hola, señor Cranston —dijo Joe sonriente.

—Joe… ¿Cómo tú por aquí?

—Ya lo ve, estuve jugando un rato a sabio… y le aseguro que resultó la mar de divertido.

El comandante Groffes puso una mano sobre el hombro de Joe.

—A propósito, abuelo, el país todavía necesita de usted.

—Si el sótano de la Casa Blanca tiene roedores, cuente conmigo, comandante. Ya le puede decir al presidente que, con mi matarratas, podrá dormir tranquilo por las noches.

—No, Joe, no se trata de eso. Quería proponerle que continuase haciéndose pasar por Cranston mientras yo me llego a Washington con el verdadero. Ya sabe, de esa forma lograríamos despistar a la gentuza que todavía quiere atraparlo.

Joe Brocco pegó un salto y salió disparado hacia la puerta.

—Le daré la respuesta por correo… ¡desde Holanda!

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain